

CAMPAÑA DE TAMPICO DE TAMAULIPAS, AÑO DE 1829

*Dedicada a la memoria de los generales Antonio López de
Santa-Anna y Manuel de Mier y Terán*

*Apuntes para servir a la historia, escritos y dados a luz
por el antiguo general del ejército mexicano
Manuel María ESCOBAR*

Amagos contra la independencia nacional por un cuerpo de ejército compuesto de cinco divisiones de á 4,000 hombres cada una, que se organizó en España.—Invasión de Santa-Anna de Tamaulipas en agosto de 1829 por la división de vanguardia, compuesta de 3,500 hombres, al mando del brigadier don Isidro Barradas, que desembarca en “Playa de Jerez” ó “Cabo Rojo”.—Primera escaramuza en “Los Corchos”, por el general mexicano don Felipe de la Garza, en que éste sale derrotado por los españoles.—Marcha sobre los invasores el general don Antonio López de Santa-Anna, quien luego á luego ataca el cuartel general del enemigo. Y después de una reñida batalla, librada el once de septiembre del mismo año en las márgenes del Pánuco, los españoles capitulan y se rinden con sus armas y banderas á los pies de la generosidad mexicana.—Extracto de este glorioso hecho de armas.

ESTE OPÚSCULO, dedicado á la memoria del general Santa-Anna, está enlazado con otros pertenecientes á la historia del país, que comprende los años de 1827, 28, 29 y 30 y demás subsecuentes, hasta la terminación de la época en que el citado general dejará de incluir en los destinos de México á consecuencia de su caída definitiva, ocurrida en el de 1855; advirtiéndole que a su debido tiempo, y cuando las circunstancias lo permitan, darás lugar á la publicación de los demás cuadernos que implican los “Apuntes” históricos a que nos referimos.

Como que la historia del país se encuentra naturalmente adherida á la influencia personal de esta notabilidad política y militar, que ejerció el poder omnímodo por más de quince años sobre poco más o menos, queriendo nosotros darlo á conocer en toda aquella que encierra á los males ó á los bienes que produjera su administración pública, hemos creído con-

veniente publicarle ahora en el mes que bien puede llamarse “el mes de la Patria” por los extraordinarios sucesos que han acontecido en ella, desde la independencia de Iguala á la fecha; no dudando que tales “memorias” puedan ser de alguna utilidad, en el esclarecimiento de los hechos y de las cosas, al historiador que más adelante quiera encargarse de narrar lo que ha pasado, mediante el anhelo imparcial y verídico que el autor ha tenido y tiene como testigo viviente y presencial de los hechos relativos á la existencia del glorioso fundador de la República.

I

RESTABLECIDA LA CALMA que enturbaron los sangrientos sucesos de 1828 y parte del de 29, llegó a México la noticia de haber zarpado de La Habana, con destino á nuestras costas, una expedición de tropas españolas, la que ya surcaba los mares, sin saberse el punto fijo al cual se dirigiese. Y á renglón seguido, otra noticia: la de que la citada expedición había desembarcado el primero de agosto en “Playa Jerez” ó “Cabo Rojo”, en nuestras costas del Norte.

El enemigo no ignoraba, sin duda, que al parecer nos devoraba una guerra civil de espantables dimensiones; que entre nosotros existía ya una reacción realista, que abundaba en recursos y en prestigios; y que, encontrándose el gobierno de la República interesado en perseguir por Oaxaca, con todas sus fuerzas disponibles, aquella revolución que tan profundamente preocupaba los ánimos, cabía hacer un desembarco por las costas de Tampico, y allá se dirigió, con el fin de sorprendernos. . .

Era comandante general de aquel Estado don Felipe de la Garza, de triste y odiosa celebridad, quien por sus torpezas y cobardía [. . .] los españoles lograsen internarse, que lo derrotasen en el paraje llamado de Los Corchos, pasasen el río Pánuco y se hicieran fácilmente de la importante ciudad mercantil de Santa-Anna de Tamaulipas.

En Los Corchos cayeron en poder de los invasores unos cuantos prisioneros, entre los cuales el valiente patriota capitán Hernández, quien á presencia de los vencedores, y antes

de entregar la espada que le exigían, se precipitó sobre ella, dándose la muerte.

Los españoles quedaron admirados al presenciar aquel acto digno de los días de Grecia, y tanto más les sobrecogió el hecho, cuando supieron ahí mismo que aquel benemérito ciudadano no pertenecía al ejército regular, sino á los propietarios civiles, armados y reunidos ahí voluntariamente á las órdenes del general Garza, para castigar aquella insolente agresión, que estaban bien lejos de esperar.

Si el invasor hubiese entonces consultado á su horóscopo, claro es que había desistido de su loca empresa, reembarcarse, porque á juzgar por este y otros incidentes, que no eran por cierto de muy buen agüero, la cuestión era de aquellas que merecía meditarse profundamente, y consultar no sólo esos presagios preliminares que imprimen en el ánimo del conquistador una verdadera conflagración de ideas, que se hacen luego indefinibles para todo aquel que no tiene el talento de acomodarlas á su vez á todos los inconvenientes y á todas las contrariedades de una obra gigante y desproporcionada. No es, pues, sólo la ciencia de la guerra de la que tiene que echar mano el conquistador para ilustrar sus designios; tiene que ser político, diplomático y profundo conocedor del corazón humano, y nada sabemos si de todo esto estaba provisto Barradas.

Los habitantes pacíficos de aquel rumbo, por ejemplo los ancianos, las mujeres y los niños, cantando el himno de la Patria se habían internado á los bosques llevándose parte de sus ganados de campo y hasta sus animales domésticos, porque todos los hombres útiles y denodados patriotas de la comarca invadida se hallaban por ahí próximos, con las armas en la mano.

El invasor no encontraba más que soledades, desamparados caseríos, sobre cuyos techos no se veía bullir la azulada columna de humo que despiden las chimeneas, ni se oyera el canto del gallo, ni el ladrido del perro, señales todas del completo abandono de aquella parte del país, que el invasor creyera encontrar lleno de regocijo al presentársele.

Selvas silenciosas al través de cuyas vastas arboledas se dejasen contener muchos hombres y relucir muchas armas.

Ni un solo individuo, ni un solo partidario, siquiera de aquellos que en esta clase de acontecimientos se dejan ver a hurtadillas y ocultándose de la vista de aquellos que pudieran denunciarles, probando así nuestra presencia en el teatro mismo de los sucesos, sin que el enemigo tuviese conocimiento alguno de ellos.

El invasor no escuchaba otra cosa que el canto armonioso de nuestras aves tropicales, el monótono de la chicharra que muere cantando sobre los ceibos y las retamas de aquellas hermosas florestas y el rebramar de las fieras, particularmente de noche, muy diferente de todo lo que, en sus ensueños de *restauración*, se había figurado encontrar.

Él creyó ver las poblaciones de la antigua Nueva España, adornadas por todas partes de banderas y gallardetes, con los colores simbólicos y las flores de lis de la monarquía borbónica, y relegado enteramente el hermoso pabellón de Iguala, que es el amor y la locura febril de los mexicanos. Pero en cambio de todo esto, ¿qué encontró en Tampico? Un silencio sepulcral de pueblos abandonados, repetidas detonaciones no muy lejanas, los reflejos del rifle nacional, y el silbido constante de las balas que pasaban rosando los techos de aquellas casas profanadas ahora por tan extraños huéspedes.

Carcajadas y gritos salvajes, con “muera a los gachupines”.

En fin, ruidos fatídicos, precursores de otros ruidos y de otras detonaciones más compactas y más terribles todavía.

Sabido es que el capitán del fijo de Veracruz, don Antonio López de Santa-Anna, muy joven aún, era por elección espontánea del jefe de las armas de aquella provincia, general don José Dávila, comandante de extramuros de dicha ciudad, allá por los años de 1820, y que en 1821 este joven se *insurgentase*, como se decía entonces de aquellos que perteneciendo á las tropas del Rey, como Santa-Anna, tomaban parte con los *independientes*; tanto que el joven caudillo, después de verificada su adhesión á la causa de la patria, tomase inmediatamente la resolución de marchar en busca del honorable Victoria, que yacía soterrado en una cueva por el rumbo de Río Blanco, al que encontró á poco para asociarlo á su noble empresa, puesto que así lo merecía el “Héroe de la Constancia”, con cuyo patriótico título le reconoció siempre Santa-Anna.

El señor Dávila tenía tal estimación y tal confianza en el joven comandante de "extramuros" por lo bien que tenía convinada la pacificación y defensa de todos aquellos contornos, que al imponerse el general de la inesperada defección de Santa-Anna, no lo quisiese creer, optando por acercarle un comisionado suyo, que lo fuera el capitán de ingenieros don José Ignacio Iberri, á fin de hacerle desistir de tal compromiso; conformándose Dávila con que Santa-Anna permaneciese en el puesto, sin hacer en ello novedad alguna, y como si tal cosa hubiera existido. Pero como Santa-Anna estuviese ya juramentado ante la Junta Patriótica e Insurreccional que se reunía ocultamente en el edificio de la Profesa de México, contestó á Dávila, desde su cuartel general del pueblo de La Soledad, que su adhesión á dicha causa era ya *un hecho consumado*, y que debía considerarle como a cualquiera de los insurgentes que debieran sacrificarse por la emancipación de México; así que Santa-Anna ninguna esperanza dejó á Dávila de volver por sus pasos.

La Gaceta de Veracruz, á poco, le echaba en cara su deslealtad á la causa del Rey, y la amenaza con que bien presto sería perseguido por las numerosas fuerzas peninsulares, que en número de 14,000 hombres * existían repartidas en toda la provincia; á lo que él contestó con una pequeña proclama que hizo bastante ruido, diciendo entre otras cosas:

"Las grandes cadenas se rompen á grandes martillosos".

Y en seguida dispuso el asalto a la plaza de Veracruz, que llevó á efecto personalmente; no siendo bastante afortunado en el trance, porque habiéndosele dispersado por las calles de la ciudad, con intenciones quizá de pillaje, un considerable número de sus fuerzas, dieron lugar al señor Dávila para cerrarle con las suyas y rechazarle con éxito.

Sin embargo, el general don José Dávila, conociendo á fondo á su joven discípulo y creyendo en él, que su primer intento de tomar la plaza fuese aplazado para más tarde;

* Número que en efecto, y sobre poco más o menos, estaba situado entre Jalapa, Orizaba, Córdoba, Fortaleza de Perote, costas de Sotavento y Barlovento y Plaza de Veracruz. Y número que Santa-Anna fue combatiendo de día en día y en detall, hasta llegar á poner á disposición de Iturbide tres provincias independientes: Veracruz, Tabasco y Yucatán.

temiendo por otra parte el verse al fin vencido y capitulado por aquel subalterno suyo, se dispuso á escribirle, como lo hizo, a poco de haberle rechazado, citándole para tener con él una entrevista en el patio de la Escuela Práctica adonde por la noche, á la hora de las ánimas, iría á esperarle sigilosamente. Conociendo la decencia de Dávila, Santa-Anna se le presentó solo y sin más acompañamiento que del presunto general don Crisanto de Castro, preocupado, sí, por el pasado en contra de la plaza. Mas cuando Santa-Anna empezase a disculpársele, el anciano general le arrebató la palabra para decirle:

—Calla, hombre, calla: si yo fuera mexicano, habría hecho lo mismo que tú; has estado en tu derecho. Ahora, conociendo lo que vales y tus buenos sentimientos, he querido tener contigo una entrevista. Mira, muchacho: ¿te acuerdas los disgustos que me han dado aquí ciertos españoles imprudentes, exaltados en favor de la Constitución del año de 12?

—Sí señor, le contestó el presunto fundador de la República.

—Pues bien, hijo mío, yo les decía: “Ustedes están dando pávulo con su ejemplo y charlatanismo á otra cosa más seria todavía”. “¿Y cuál podrá ser?”, me respondían. “¿Cuál podrá ser? ¿Cuál ha de ser? ¡La Independencia! ¡¡¡La Independencia, señores míos!!!” Aquí la tienes, Antonio, y tú has sido el primero en proclamarla en mis propios bigotes. Así es que, teniendo la necesidad de abandonar la plaza de Veracruz para situarme con mis tropas en la Fortaleza de Ulúa, en donde esperaré las órdenes de mi soberano, porque así me conviene, desde luego esta misma noche efectuaré mi retirada. Mas queriendo antes hablarte, te mandé un correo a La Soledad, y mucho te agradezco que hayas venido. Es necesario, pues, que estés listo para tomar posesión de esta plaza, que te abandonaré a la madrugada de mañana, porque es mucho lo que espero de ti mediante el conocimiento que tengo de tu persona. Te ruego, entre tanto, que acojas y protejas á todos los españoles del comercio de aquí que quedan abandonados con sus pobres familias, que son criollos, salvándole sus vidas, y, si te es posible, sus intereses. Les he dado esa garantía junto con mis consejos, y mucho confío en la estima-

ción y confianza que me has merecido siempre, para cumplir, caballeroso, con este encargo mío que te hago á nombre de mis canas y á presencia de las cuales te hablo; lo contrario sería deshonorar tu causa, y que yo viviese con el pesar profundo de haber hecho fiases en mis esperanzas lisonjeras. Nada más exijo de ti.

Y abriendo los brazos aquel respetable personaje de las armas españolas, estrechó por última vez y para siempre al joven guerrero.

De modo que el elemento armado de los españoles, apenas México se organizaba independiente en la provincia de Veracruz, se refugió sobre aquel islote, para hacer, como quien dice, desde ahí fuego en retirada, ó para permanecer á la expectativa de los sucesos de un país que los españoles creían pertenecerles por amor y por derecho, y cuyo poder y fortuna de tres siglos de dominación no les era dable abdicar ni tan pronto ni tan fácilmente.

Y apoderado así de la Fortaleza de Ulúa como una prenda sobre la cual había quedado en pie y armado aquella sección del ejército español, andando el tiempo asestó desde ahí sus cañones, cuando ya Dávila había emigrado para España, á la vez que por otros lados lanzaba á deshoras el fuego de la discordia, que incendiaría tanto como las zorras de Sansón, hasta que á los cinco años de lucha tuviese que sufrir el terrible trance del vencimiento.

Al elemento español nunca le pasó por las mentes un tal desenlace. Tuvo la creencia de que la emancipación de México no era más que un relámpago de fuego fatuo que vendría a concluir por extinguirse enteramente, después de sufrir los tremendos y sangrientos males de la anarquía.

Ya sobre esto hemos dicho lo bastante en la primera parte de estos Recuerdos.

II

PERO EL CARÁCTER ESPAÑOL es digno de su noble raza. Y no perdiendo totalmente la esperanza, quiso todavía probar fortuna lleno de ilusiones, y entre tanto nos lanzó su división real de vanguardia.

Aquella expedición es llamada en España “la Expedición de la Cocina”, porque la obra de ella, es decir, su origen, fue debido enteramente al cocinero de la familia real. ¡Quién lo creyera...!

Existía en Jalapa un español de los muchos que habían quedado rezagados por olvido y porque se escondieron ó por disimulo, bastante conocido en aquella localidad, llamándose don Pedro González de Peñalba, recomendable por su nacimiento, familia y fortuna, pero conocido como exagerado en sus pensamientos y opiniones.

La cuestión de la Independencia no cabía en su cerebro.

De edad avanzada, y bastante bien preocupado por el modo con que eran tratados los españoles, se le voltearon los sesos y emigró, marchándose en derechura para Madrid.

Ningún hijo de la Península ibérica, procedente de las Américas hispánicas, que hubiese proclamado su emancipación, podía introducirse impunemente allá, porque el gobierno de Fernando había declarado *traidor* por despecho á todo español que después de la expulsión no hubiese emigrado inmediatamente. Pero Peñalba, esquivando la sobrevigilancia establecida, lo hizo enteramente de incógnito. Mas no queriendo vulgarizar su presencia en la Corte apersonándose á alguno de sus magnates, quiso que su asunto lo escuchara personalmente el rey; y valiéndose del regio cocinero, logró al fin una entrevista reservada.

Peñalba, pues, armado de multitud de periódicos en que aparecía la disidencia de dos partidos que ardientemente contendían, el uno acusado de borbonista, fuerte, acaudalado é influyente, con uno de los primeros generales de la independencia á su cabeza, y el otro acusado de anárquico, enemigo de la paz pública, saturado con la política norteamericana, débil todavía, pero lleno de vigor y de esperanzas por su juventud, y mediante el poderoso padrinzgo que le amparaba; Peñalba, no obstante, hincado de rodillas se presentó al Rey, y el monarca, lisonjeado con aquel aparente estado de cosas, después de presenciar las lágrimas del anciano y de escuchar sus vehementes protestas, dio la orden para que todo aquello quedase en el más profundo secreto.

Fernando VII, que era el autor de este embrollo, oyó

bajo el mismo aspecto de reserva á su consejo privado, en que se emitieron otras noticias consiguientes, así que la idea de una expedición quedó aceptada por el monarca.

Estaban, además, en el secreto el brigadier Barradas y otro español procedente igualmente de México, don Eugenio Aviraneta, de quien ya hemos hablado en estos Recuerdos, el que después de haber creído que mediante sus intrigas había dejado en México establecido el borbonismo, partido que en consejo había tomado un vuelo extraordinario, viniendo ahora la expedición como á recoger aplausos y bendiciones de los mexicanos todos, que arrepentidos volvían llorosos al seno cariñoso de la Madre Patria.

A Barradas se le llamaba en España el General Habanero por el mucho tiempo que había permanecido en Cuba, y por la importancia que él mismo daba de sus vastos conocimientos en las cosas de América.

El rey español, en las noticias que le llevara Peñalba, con otras que él tenía comunicadas por sus demás agentes y que viera corroboradas en los periódicos mexicanos acerca del gran partido borbonista que había surgido al fin en México, se fascinó, creyóse inspirado por la rara circunstancia con que habían llegado á su conocimiento tan importantes nuevas, y no vaciló en creer que aquélla era la oportunidad de dar el golpe de gracia que deseaba con ahinco, rehaciéndose fácilmente, y con ayuda de los principales hijos del país, de esta parte preciosa de sus antiguos dominios.

Era el tiempo de las restauraciones. La muerte del Gran Capitán del siglo, ocurrida ocho años hacía en la roca de Santa Elena, daba lugar a sentarse pacíficamente en sus tronos á los que habían sido sus cautivos, y el que fuera de Valencoy tuvo un momento de grata ilusión respecto de México.

Y no podía ser de otro modo. El rey Fernando pensó, y pensó muy bien, como lo pensaría igualmente una gran suma de ilusionados españoles, y como lo pensaban aquí en México porción de personajes que ya temían por la independencia de su patria.

En tal estado se encontraban las cosas allá por los años de 1826, 27, 28 y parte de 29.

El rey Fernando dispuso, en consecuencia, que se alistasen

cinco divisiones de á 4,000 hombres cada una, de las mejores tropas de la Península, confiando á Barradas la de vanguardia, y la intendencia de Hacienda, correspondiente á todo el cuerpo de ejército, al nombrado Aviraneta.

La división real de vanguardia, como se denominaba ya, debería partir inmediatamente del puerto de La Habana hacia las costas de México, ordenando á Vives, capitán general de la isla de Cuba, la pronta ejecución de las órdenes del fascinado monarca, por tener que componerse esa fuerza expedicionaria de una parte de las tropas aclimatadas en ella.

Barradas, pues, conducía de pronto tres mil y quinientos infantes, dos baterías de batalla, dos escuadrones maniobreros pie á tierra de *costa firme* y quince mil fusiles *empaquetados*, que sin duda servirían para armar á los descontentos; no pudiéndosele completar el número señalado á su división por la prisa que se dio en salir á la mar.

Con él venía Aviraneta y además un fraile apellidado Bringas, que había sido aquí agente de los *Borbones* en clase de misionero.

No quemó Barradas sus naves como Cortés, pero sí las despachó tan luego puso el pie en tierra, con el fin de vigilar las aguas mexicanas y de esperar por su medio las demás divisiones, que serían mandadas inmediatamente, incluso la de Barradas, por el mariscal de campo Santoscildes, quien se haría cargo de todo aquel cuerpo de ejército y dirigir por completo la campaña sobre México.*

El gabinete español creía que tras el poderoso partido que se vulgarizaba aquí con el nombre de borbonista, el actual gobierno de la República carecía de opinión en la gran masa del pueblo: que estaba sostenido puramente por una facción nueva, creada á impulsos de los norteamericanos y pobre de recursos, que no había ejército reglamentado porque el levantado por Iturbide en 1821 era diezmado en la revolución que se sostenía por Oaxaca, y que tampoco contaría el presi-

* Este general, que mandaba un cuerpo de gallegos en las guerras de la Península española contra las legiones de Napoleón I, militó en el año de 1812 á las inmediatas órdenes del general inglés Clipton, perteneciente al cuerpo británico que mandaba allá en gefe el Duque de Wellington. (N. del A.)



dente Guerrero con elementos pecuniarios para sostener una guerra con la España, por ser imposible, al parecer, que el poderoso partido borbonista quisiera impartírselos.

Sin embargo, en los momentos en que se esparció la noticia de la próxima llegada de los invasores á nuestras costas, noticia que dio bajo la reserva más estricta á uno de nuestros generales * el comandante de un buque de guerra francés surto en la isla de Sacrificios, al divulgarse la noticia se tocaron dianas en los cuarteles de los cuerpos de ejército de la República, y se iluminaron las poblaciones del modo más espontáneo, como en señal evidente de que el país abundaba en los mismos nobles sentimientos que exaltó su patriotismo universal en 1821.

Escoceses y *yorkinos*, que eran los títulos (como tenemos dicho) con que se reconocían los dos partidos contendientes en que aparecía dividida la nación, depusieron con asombro de ellos mismos sus fraticidas querellas; y el grito unánime de: *Viva la Independencia* volvió por todas partes a resonar en los corazones de todos, con el mismo ardor de los días alegres de Iturbide.

Aún humeaba la sangre derramada en Oaxaca con motivo del plan de Perote y sucesos de la Acordada. Las familias desoladas aún no enjugaban sus lágrimas.

Pero la expedición española, que se presentaba en nuestro horizonte político como un iris de paz, era el punto de partida para que todo se olvidase, deponiendo ante el supremo bien de la Independencia, el pesar, el odio, los más graves resentimientos. . .

Las lágrimas del luto causado por los estragos de la guerra civil se enjugaban con las lágrimas de la reconciliación más sincera, y no había otra cosa que una sola consigna: la de unir todos los esfuerzos con los del gobierno para repeler la fuerza con la fuerza.

—Si me amáis, exclamaban las bellas á sus amantes, si me amáis, decidme que os habéis alistado en las banderas del ejército que marcha á combatir.

Los militares ** que se hallaban desterrados fuera del país

* A don Antonio López de Santa-Anna. (N. del A.)

** Y éstos estaban acusados de borbonistas. (N. del A.)

por la revolución llamada de *Montaño*, corrieron desolados desde el extranjero donde se hallaban, á presentarse y á pedir un fusil para combatir por la patria en peligro.

—¡Qué de abrazos tan sinceros, tan expresivos, presenciábamos entonces!

Grandioso, conmovedor, verdaderamente conmovedor era el cuadro que se representaba á nuestra vista en los meses de julio y agosto de 1829.

La causa de la independendencia, pues, contaba con todos los corazones y con los brazos todos.

III

VAMOS Á ENTRAR ya en la narración de los hechos que ocurrieron desde el primer movimiento que se hizo en Veracruz, con motivo de la expedición española, hasta la terminación de la campaña.

Hemos leído el “Ensayo histórico” de Zavala, y también lo que ha escrito y dado a luz con la ciencia de los sucesos don Juan Suárez Navarro en su “Historia de México”, y visto en ambos trabajos que no hubo, al escribir relativamente á la cuestión de Tampico, toda la exactitud que sería de desear, y de que sólo puede encargarse, por una casualidad, un testigo presencial que estuvo allá sobre el teatro de los sucesos con la espada en la mano, y que sobrevive aún á aquel hermoso acontecimiento, que las malas pasiones han pretendido borrar del catálogo de los hechos gloriosos que deben enorgullecernos, por ser el que cerrara para siempre las puertas de la encantador México á las eternas aspiraciones del gobierno español.

El héroe de Zempoala,* cuyo brillante título daban á Santa-Anna sus partidarios los republicanos de la época, á quienes acaudillaba en sus progresos el joven general, siendo vicedelegado en ejercicio del Estado de Veracruz, se encontraba á la sazón que aparecían los españoles, con licencia del Congreso del Estado, en su hacienda de Manga de Clavo, á fin

* Aldea cercana á Veracruz, situada en una llanura del camino principal que hay entre el puente y la ciudad heroica. (N. del A.)

de restablecer su salud, algo quebrantada; el que sin embargo de esto, sin esperar órdenes ni otras instrucciones del gobierno general, y sólo con algunos recursos pecuniarios que le facilitó el comercio de Veracruz, para donde corrió al instante, alistó en horas el 5º batallón de línea, las compañías de preferencia de los batallones 2º y 9º, una del 3º de línea, el batallón de Tres Villas, fuerzas residentes en aquella plaza: total, mil sesenta y cuatro hombres. Y dando órdenes para que dos escuadrones del 12º que se hallaban destacados en Santa Fe caminasen á marchas forzadas por la Costa de Barlobento hasta tocar con Tampico, Santa-Anna, atenido como César á su fortuna, sin saber el número de enemigos contra quienes se dirigía y expuesto á caer en poder de la escuadra española que surcaba aquellos mares á las órdenes del almirante Laborda, se hizo á la vela el 9 de agosto con dirección a Tuxpan en unos cuantos barquichuelos de Alvarado que tomó en Bahía.

Hasta las oraciones de la noche del 19 del mismo, la pequeña flotilla expedicionaria atracó en Tuxpan, sin novedad alguna, para continuar la marcha en canoas por la laguna de Tamiagua, hasta tocar con Pueblo Viejo de Tampico.

Llegado que fue á este punto, y á dos millas del en que se hallaba el enemigo, comenzó a dar sus disposiciones para atacarle inmediatamente.

Los españoles habían establecido su cuartel general en Santa-Anna de Tamaulipas,* alojando las tropas en el atrio de la única iglesia que existía y en algunos otros edificios de capacidad en el perímetro de la plaza, acampando el resto en las calles ó sitios á propósito, bajo tiendas de campaña.

Á la margen del estero de San Francisco, punto avanzado hacia El Humo y parte vadeable del Pánuco, por la que se atraviesa en canoa para ir y venir de Tamaulipas á Tampico el Viejo, había establecido el enemigo una avanzada ó gran guardia, compuesta de 60 infantes.

* Llevó este nombre por mucho tiempo, tanto la ciudad como el puerto, por un decreto del Congreso del Estado que aún está vigente, porque tanto la ciudad como el puerto fueron prohijados por Santa-Anna, concurriendo él mismo á la elección del terreno de la una y el otro; pero cayó Santa-Anna y las pasiones borraron el cuento. (N. del A.)

Toda la noche del 20 la empleó el general en jefe, asociado de su mayor general, coronel don Pedro de Landero, en el reconocimiento de la posición enemiga.

La ciudad, como hemos dicho antes, se hallaba enteramente abandonada por sus habitantes, lo propio que todas aquellas poblaciones cercanas al puerto, sin que para esto precediese orden alguna de parte del gobierno general y particular del Estado: todo era espontáneo y voluntario.

Nuestra pequeña columna de operaciones, durante el reconocimiento que se hacía de la posición enemiga, descansaba sobre las armas á la margen derecha del Pánuco, inmediata al punto del Humo,* el que la misma noche había fortificado y artillado completamente el comandante de la sección de ingenieros.

Pero ya no fue posible dar esa madrugada el asalto que se intentaba al cuartel general enemigo á causa de estar amaneciendo, y por un tiro que se escapó y que se creyó denunciaría la presencia allí de nuestras fuerzas.

En el cuartel general enemigo sólo había 500 hombres de infantería á las órdenes del coronel Salomón; y Barradas, con el resto de tres mil, había marchado alejándose hacia el rumbo de Villerías, á efecto de dirigirse al interior de la República, creyendo encontrar mejor acogida por la sencillez y costumbres patriarcales de sus habitantes.

Salomón había escuchado el tiro que en la madrugada del 20 se había escapado á nuestra columna, pero sospechó que aquella detonación fuese de los tiros que constantemente lanzaban los habitantes de los bosques sobre la ciudad ó sobre la avanzada establecida; porque de haber creído que fuesen fuerzas regladas las que se hallaban en El Humo, y que le amenazaban tan de cerca, habría anticipádose á reforzar su avanzada y á dar aviso á Barradas inmediatamente.

Á la sombra, pues, de esta impunidad con que nos favorecía el santo silencio del paisanaje, que odiaba al invasor, á la una de la mañana del 21 de agosto, mediante el mayor

* Éste es un promontorio de tierra cubierto por conchas de ostión que queda, como decíamos, á la margen derecha del Pánuco, y á tiro de cañón de la ciudad que poseía el enemigo, y desde donde á su tiempo comenzó á hostilizársele. (N. del A.)

sigilio, el general en jefe confió al coronel don Celso López, nativo de aquellos rumbos, las compañías de granaderos y cazadores del quinto batallón de línea, á efecto de caer súbita e instantáneamente sobre la gran guardia enemiga.

El valiente coronel López fue herido de gravedad á los primeros tiros que se libraron; pero las compañías del 5^o eran mandadas por su segundo, capitán don Longinos Montenegro; y este simpático é intrépido joven, tomando el mando de la sección, cumplió perfectamente con las órdenes que llevaba el coronel, que bien puede asegurarse que en tan importante hecho de armas fueron quizá muy pocos los soldados españoles que por su tenaz resistencia lograsen escapar. La gran guardia, casi sorprendida, había sido pasada á cuchillo.

Mientras que esto ocurría, y bajo el fuego de nuestra artillería del Humo, que lanzaba granadas de a 7 pulgadas sobre la ciudad de Tamaulipas, Santa-Anna pasó el río con mil y pico de hombres, completándolos con la caballería desmontada; y en el acto, encaminándose en columna de división par el llano del Espartal, avanzó arma al brazo hasta una de las calles principales de la ciudad, donde después de haberse suspendido el fuego de nuestra artillería del Humo, se dio principio al empeñado y sangriento combate del 21 de agosto.

Sobre el mismo ataque, íbamos tomando posición en las casas altas y vacías que encontrábamos a nuestro paso,* median-

* Acabamos de decir que la ciudad de Santa-Anna de Tamaulipas se encontraba enteramente abandonada por sus naturales habitantes.

Los españoles invasores hablan no sólo descerrajado las cómodas y los roperos que se hallaban en los salones y en las recámaras de los propietarios fugitivos, sino que habían destruido, por sólo el gusto salvaje de destruir, porción de muebles de que habrían podido servirse con utilidad; y que estas casas abandonadas ya por los mismos invasores, quienes se iban retirando para reconcentrarse más y más, nosotros las ocupábamos.

Ahora bien: En una de esas casas, en la cual había sido colocado el sargento San Martín, del 2^o escuadrón del 12 de caballería, se apareció una joven, una negrita de rara hermosura, como de catorce años de edad, que se llamaba Facunda. Esta joven, según ella misma decía, era huérfana de los dueños de la casa, comprada á un capitán de buque negrero procedente del Mediterráneo, cuando apenas contaba ella unos 6 años, y

te las órdenes que íbamos recibiendo de los ayudantes del general en jefe que nos servían de guía, por ser las más de las milicias de la comarca, por la profunda obscuridad de la noche.

cuyos nuevos dueños habían emigrado violentamente de Tampico al aproximarse los invasores, dejándola olvidada, por causa del conflicto mismo, al tiempo de escapar.

Desde que el sargento había tomado posesión de aquel punto, Facunda, refugiada en los bosques inmediatos, había tenido lugar de ir poco á poco reconociendo qué clase de gente eran los mexicanos allí alojados, y teniendo al fin la feliz inspiración de presentárseles, manifestándose resignada y con vehementes deseos de servir á sus nuevos huéspedes, proporcionándoles, como lo hizo, víveres frescos y condimentados y servidos por ella misma.

Así, pues, y durante las horas que precedieron á la realización de las cosas de la guerra en la mañana del 21 de agosto, nuestros gefes y el resto de la oficialidad del puerto, invitados por el referido sargento, tuvimos leche, chocolate, pan y carnes frías en abundancia, que la negrita nos prodigaba como una providencia, con gusto y marcada complacencia suya; manifestando el deseo de seguirnos al retirarnos de allí, porque su corazón la decía que éramos sus hermanos, que habíamos tenido la virtud innegable de apreciar su hospitalidad, respetando su sexo y compadeciéndonos de su horfandad, no teniendo absolutamente de qué quejarse; que ella sabía leer y escribir, y que sus amos le habían enseñado la doctrina cristiana y á temer y amar á Dios sobre todas las cosas. Eran sus palabras. De modo que aquella tarde, al ingresar otra vez á nuestro cuartel general, allá la vimos viviendo á expensas del sargento Rodríguez (San Martín), lo que hasta cierto punto nos había disgustado.

El sargento, sin embargo, nos contó luego que Facunda, poco antes de emprender la marcha para Pueblo Viejo, se le había colgado del cuello rogándole encarecidamente y con las lágrimas en sus bellísimos ojos respetase su pureza, ya que había tenido la fortuna de amarlo. Y que si había de vivir a su lado, lo fuese a condición precisa que su unión con él fuese santificada ante los altares del Crucificado y por la mano de uno de sus ministros, porque de otra manera no admitiría tal unión, sacrificando su amor y prefiriendo quedarse allí en los montes á esperar la vuelta de sus antiguos bienhechores para no caer tampoco en manos de los españoles que la tratarían como á esclava, siendo ella libre.

El sargento San Martín era un joven blanco, como de 30 años de edad y de hermosa figura, hombre de bien y de buenas costumbres; tanto, que en esos días, por sus servicios y cualidades militares, fue promovido á oficial, tocándole obtener el empleo de alférez en la 2ª compañía del cuerpo.

De años atrás residía en éste un sacerdote que desempeñaba la misión de capellán. Y este respetable varón, que se nombraba fray José de San Agustín, de la orden de los carmelitas descalzos, casó á San Martín con

Los españoles, cuyo toque de generala oímos al estar pasando el río, se hallaban apercebidos ya y nos recibieron con un fuego bien nutrido de fusilería, que se hacía más peligroso y terrible por la intensa oscuridad de aquella madrugada.

Confesamos la gran dificultad que tendríamos al pretender levantar por medio de muy malas líneas un mal croquis de

la negrita Facunda, siendo sus padrinos el comandante del cuerpo y la esposa de éste, la señora doña Joaquina Varela.

Facunda, antes de bautizarse, había llevado el nombre pagano de Hasitorafia. Era oriunda de los Montes Abisinios en Egipto, del nacimiento del río Nilo, tan famoso en las Sagradas Escrituras. Así que la fisonomía de la joven negra era enteramente cáucasa, fisonomía que dista mucho de parecerse á la que caracteriza á los negros africanos.

Su sedosa y abundante cabellera contrastaba con el color atezado, y carecía de esa fetidez asfixiante é inherente á la generalidad de la raza común de los demás negros. Ojos rasgados y grandes, guarnecidos con espesas y largas pestañas, que daban a su rostro oval un carácter esencialmente aristocrático; cuerpo gentil, echado hacia atrás; toda ella de un carácter amable y bondadoso. En suma, Hasitorafia era un verdadero pino de oro, una perfecta diosa de ébano.

Tenía mil enamorados que sin cesar piaban por verse de ella correspondidos. Pero el santo orgullo de la joven negra, que más propendía á la decencia y al decoro que á la vida alegre y desarreglada de esa clase de mugeres que su color condena, se mantuvo siempre á la altura del buen concepto que nos había merecido al conocerla. Era muy vergonzosa, y porque cualquiera se fijase en sus pies y manos, que eran de una preciosa escultura, se le inyectaba en sangre el rostro y no se atrevía á ver á la persona que tenía por delante: seguía conversando, pero sin levantar la vista para nada.

En fin, aquella interesante criatura, que inspiraba respeto más bien que deseos impuros a la vista de sus preciosos encantos, había nacido para ser una buena esposa y una excelente madre de familia.

Al marcharse de Tampico para Veracruz, que se fue embarcada, dejó en poder del cónsul inglés un certificado de haberse casado y seguir la mejor conducta, para que aquel señor lo pusiese en manos de sus antiguos patronos, que le sirvieron de padres. Este certificado era del capellán fray José de San Agustín, autorizado por dos personas más, conocidas en Tampico; lo que revela en Hasitorafia lo exquisito de sus sentimientos, y el tacto finísimo con que se había manejado desde que trabó conocimiento con su marido, de quien aquella perfecta señorita estaba profundamente enamorada.

Andando el tiempo tuvimos lugar de conocer á sus dos hijos varones, guapos jóvenes, siendo uno de ellos médico y el otro dentista, ambos con fortuna, y con muy buena aceptación social. (N. del A.)

la ciudad de Tampico de Tamaulipas, con el fin siquiera de señalar sus calles, plazuelas, ángulos salientes, la posición del enemigo y la nuestra, así como la situación de sus lagos, sus ríos y ensenadas. En virtud de lo cual hemos renunciado á ello, porque el terreno lo pisamos a oscuras al principio y á la luz del día luego, con la preocupación de tener que batirnos, en que naturalmente iba terciando la ignorancia del terreno. Por eso es que pido perdón á nuestros amables lectores y nos pasaremos sin ello.

Los españoles, al despachar la flota que los condujera á nuestro suelo, se quedaron con unas cuantas lanchas cañoneras, fuerzas útiles de que no teníamos noticia. Habíamos entrado á la ciudad por el estrecho del Espartal, cuyo aspecto en el día habrá mudado de carácter, porque en tanto que combatíamos por sus calles, sus casas y plazuelas, el enemigo logró circunvalarnos por agua en sus lanchas, desde las que por todas partes, con excepción del rumbo del Humo, nos diezmaba el fuego á metralla de su artillería, por lo que, á la venida del crepúsculo de la mañana, reconocimos muy á pesar nuestro que la situación que guardábamos era demasiado comprometida.

De modo que hasta ahí podríamos decir que nos había anochecido con la esperanza del triunfo, y que amanecíamos, al parecer, prisioneros de guerra.

IV

CONFIADOS, sin embargo, en la Providencia, en la fortuna y en los talentos de nuestro bizarro general, seguimos combatiendo con el mismo ardor y tesón hasta las diez de la mañana, tomando á viva fuerza los puestos arpillados del enemigo y avanzando más y más sobre los que le quedaban en la plaza.

Bien cerca de ésta tenía el enemigo un punto avanzado de importancia desde cuyas ventanas y azoteas, erizadas de valientes, se nos hacía un fuego asaz mortífero é incesante. El coronel don Luciano Jáuregui, ayudante de órdenes del general en jefe, acababa de expirar por un tiro lanzado de dicho punto, cuya bala le atravesó la frente y cuyos sesos salpicaron el rostro del general en jefe.

El punto era una casa grande pintada de colorado, que se decía pertenecer al cónsul inglés.

El combate se hacía cada rato que pasaba más terrible y mortífero; la metralla de las lanchas flanqueaba y diezmaba con éxito la retaguardia de nuestros puestos, y era preciso arriesgarlo todo.

En consecuencia, á las once de la mañana dispuso Santa-Anna que el capitán de artillería don José Juan de Landero, á la cabeza de las compañías de línea, granaderos y cazadores del 9º, se dirigiesen á aquella casa y la tomasen a viva fuerza, acercándose en seguida á unos veinte metros el mismo general en jefe, con una reserva de doscientos pintos del 5º batallón, para proteger aquel movimiento. Landero marchó inmediatamente sobre el punto indicado, arma á discreción, sin curarse del fuego que se le hacía, no sólo de la Casa Colorada, sino del atrio de la iglesia que contenía el grueso del enemigo.

Santa-Anna había hecho subir unas fuerzas de apoyo sobre dos edificios á la derecha é izquierda de la posición enemiga, á las órdenes de los capitanes don José María Ocampo y don José Mariano de Sandi, ambos del 5º batallón de línea; y así flanqueando y preocupando al enemigo, logró que Landero, rompiendo á culatazos la puerta principal de la casa, penetrase en ella. Un rugido sordo indefinible, acompañado de tiros, fue lo único que se pudo escuchar en el espacio de media hora. Los españoles, no queriendo entregarse prisioneros, se habían defendido cuerpo á cuerpo, sucumbiendo la mayor parte y quedando al fin prisionero el resto.

Por las aguaderas de hoja de lata de la azotea de aquella memorable casa salían torrentes de sangre, que llegó á manchar por mucho tiempo el embanquetado de la calle.

El bravo Landero se dejó ver á poco sobre la misma azotea, desde la cual dirigió á su general, con la espada, un respetuoso saludo; lo que visto por los puestos mexicanos allí inmediatos, lanzaron un viva de felicitación hacia aquel valiente veterano.

Después de este suceso, de bastante importancia para nosotros, fueron tomadas á viva fuerza otras casas que los españoles mantenían como puesto avanzado al atrio de la iglesia, el que habían reforzado con multitud de salchichones ó sacos atienza; sólo este puesto era el que nos faltaba que

tomar. Pero la escasez de nuestras fuerzas, y los muchos muertos y heridos que habíamos tenido durante toda la mañana, nos hacían un flaco servicio.

Pero los que aparecíamos hasta allí vencedores en tan sangrienta lucha, éramos casi prisioneros de guerra. Los españoles, como asentamos antes, nos habían circunvalado con sus lanchas cañoneras, y no nos quedaba libre más que una angosta faja de tierra del Espartal al Humo.

¿Qué hacer, pues? ¿Qué resolución tomar? Vencer ó morir.

Ésta fue la orden que recibimos. Nobilísima resolución que fue de luego acogida con alborozo y sin que el más mínimo reproche se levantase contra ella; lo que honrará siempre á aquella legión de bravos no menos que á su ilustre caudillo.*

V

BARRADAS, que nada sabía de nuestra pequeña expedición de Veracruz, había dejado, repetimos, quinientos hombres en

* Hemos oído criticar al general Santa-Anna por haberse introducido á obscuras, y sin previo reconocimiento de los puestos vulnerables que tuviese la ciudad que ocupaba el enemigo. El general Santa-Anna, responderemos así, reconoció previamente la posición en dos noches consecutivas, antes de dar el ataque, en unión de su mayor general, coronel don Pedro de Landero. Como no podía ver entonces los cañoneros que aparecieron después, por hallarse surtos en la barra, ningún cargo le resulta por esta falta de previsión. Se reconoció la ciudad, que era el punto objetivo, y no la barra, á la cual se le llegó luego su turno; y si atacó de noche y sin alumbrarse con hachones, fue porque así le convenía. Sabía á ciencia cierta que el enemigo, por su escasez de fuerzas allí presentes, se había concentrado al perímetro de la plaza. Pero suponía también que bien presto sería auxiliado, y bajo este aspecto de honrosa precaución militar quiso atacar de noche y por sorpresa, para que el enemigo no pudiese contarnos y deducir de allí su resistencia y su victoria: al extremo de que cuando terminó aquella función de armas gloriosa, Barradas y Salomón se mecían las barbas por quedar profundamente conmovidos al ver desfilar ante sus columnas el diminuto centenar de soldados mexicanos que los había puesto en respeto, y que se retiraba victorioso a su cuartel general de Pueblo Viejo, tambor batiente y bandera desplegada.

Hay casos en que el que ataca, no busca para hacerlo por dónde ha de efectuarse su retirada, porque el que la escoge con anticipación, ganas tiene de gozar de ella, y así lo hace en el primer contratiempo que sufre. Pero Santa-Anna había ido á Tampico á vencer y no á retirarse. (N. del A.)

Tamaulipas, y con el resto de tres mil se había dirigido hacia el interior por el rumbo de Villerías y Altamira en busca de Terán y de Garza, que deseaba combatir. Barradas rebasaba de este último punto, cuando recibió el aviso de Salomón de que era atacado por tropas regladas al mando de Santa-Anna, á cuya noticia contramarchó inmediatamente, dejando por ahí á Garza y á Terán, que le hostilizaban débilmente.

Santa-Anna no había vuelto á saber si Barradas permanecía fuera de su cuartel general ó si había vuelto á él; mas como observara que las operaciones del enemigo de la plaza no adelantaban cosa alguna, presumía por esto que el general español estuviese todavía ausente; y no quitando la vista del camino de Altamira, fue el primero que descubriera, con el anteojo, tres columnas de infantería, fuertes de á mil hombres cada una, que se deslizaban por aquella playa, y cuyo paso de camino que dejaba escapar un eco sordo pero perceptible de una columna de soldados, lo estábamos escuchando pegando el oído en la tierra.

Las columnas hicieron alto para reconcentrarse y prepararse al combate. Hicieron en seguida un cambio para quedar en batalla con el frente hacia la ciudad. Una nube de tiradores concurrió á la vanguardia, que se extendía muy cerca de nosotros, y tras éstos entraron en línea dos baterías de piezas de batalla.

Entonces el general mexicano repitió por medio de sus ayudantes la orden de no desamparar los puestos hasta morir.

Después de la toma de la Casa Colorada, el coronel Salomón, jefe de las fuerzas enemigas combatidas, había tocado parlamento y logrado una suspensión de armas, á efecto, á lo que pareció, de ganar tiempo, aunque por otra parte es necesario confesar que su situación había llegado a lo sumo.

Tras la concesión hecha a Salomón, la presencia de Barradas, el cañoneo de las lanchas enemigas y lo azaroso de nuestras circunstancias preludiaban en aquel instante un grave acontecimiento, en que sin duda quedaríamos envueltos.

¡Júzguese ahora por los hombres de guerra y por los que no lo son, atendidas las circunstancias en que se encontraba la República, cuáles pudieron ser nuestros apuros en momentos tan críticos, y cuál pudo ser la suerte de nuestra

adorable Patria si en aquel día se le antoja á Barradas no hacer otra cosa que atacarnos hasta hacernos desaparecer o tomarnos prisioneros! ¡Quién sabe hasta dónde habrían llegado las cosas!

Pero la Providencia, por una parte, y por la otra la travesura estratégica de nuestro joven general, vinieron luego en nuestro auxilio.

Un oficial de estado mayor de la columna enemiga * se desprendió a caballo del punto en que aquélla se había formado, y acercándose a nuestro campo con una bandera blanca en la mano, tocó parlamento.

Era que Barradas pretendía una entrevista, la que fue acordada después de alguna vacilación de parte de Santa-Anna.

Mas tan pronto como el oficial diese la vuelta, el general mexicano hizo llamar violentamente al coronel José Antonio Mejía, y metiéndose ambos en una carpintería abandonada ahí cerca, á cuyo frente se hallaban, viéramos después de algunos minutos que Mejía partía á caballo, á todo escape, tomando el rumbo del Humo.

Santa-Anna vestía ese día pantalón de lienzo blanco, casaca azul con botón dorado de águila, parecida a la que llevaba en Oaxaca, chaleco blanco y en la cabeza un sombrero jaramo de seda aplomada, un chicotito en la mano derecha, y ceñida á la cintura su espada de parada.

Así se paseaba a la sombra de un edificio cuando Barradas se le presentó.

Era éste un hombre alto de cuerpo, como de 45 años de edad, rubio, barbicerrado, y muy parecido al coronel don Pablo María Mantíad que conocimos; traía en la cabeza una cachucha redonda de paño azul del que se componía su vestido en general, con un chaleco del mismo color, bordado el cuello con entorchados de brigadier. Montaba un mal caballo, que se conocía acababa de comprar; no quiso apearse, alegando traer muy hinchados los pies por haber tenido la necesidad de andar mucho pie á tierra en los primeros días de su desembarco.**

* Don Fulgencio Salas. (N. del A.)

** Oímos contar al mismo general Barradas, después de su capitulación, el modo y manera con que había adquirido ese caballo, diciendo

De esta manera, y después de esas atenciones de urbanidad entre ambos personajes, el general español se expresó sin jactancia y con muy buenas maneras: “que había querido acercarse personalmente, tanto para tener el honor de conocer al general Santa-Anna, de quien en España se hacían muy justos y merecidos elogios, cuanto para manifestarle que, habiendo dejado de existir los motivos que su segundo había tenido para pedir una suspensión de armas, creía de su deber advertirle, con bastante pena de su parte, que las hostilidades quedaban rotas desde luego si de parte del general mexicano no se iniciaba algún avenimiento razonable y en términos de justicia; en el concepto de que su presencia en las costas de México no era aislada, porque en otras partes de aquéllas desembarcarían, si no estaban ya en tierra, mayores fuerzas pertenecientes á su amo y señor el rey don Fernando VII”.

Mas cuando Santa-Anna iba á responder á esta arrogante objeción y significar que el país entero se había puesto sobre las armas para defender su independencia, se presentó a todo el correr de su caballo, cubierto el vestido de agua y de lodo, el coronel don José Antonio Mejía, diciendo a Santa-Anna:

—Mi general, en estos momentos acaban de llegar procedentes de México los veinte mil hombres que esperaba. He aquí el oficio del general Ibarri, quien me manda pedir á usted sus órdenes.

Santa-Anna tomó en sus manos aquella comunicación oficial, pidió permiso a Barradas para imponerse de ella, y después de lo cual, la entregó á éste para que la leyese.

que al tiempo de estar desembarcando, se le acercaban varios habitantes del país en solicitud de presentar un caballo al general que mandaba aquellos hombres, por ser un obsequio que deseaban hacerle; que cuando tuvieron la evidencia de ser el general en jefe con quien hablaban, le entregaron el caballo, sin querer admitir cien pesos que él les daba por él; que aquellos hombres habían sido los primeros y los últimos con quienes había hablado, tratándose de los hijos del país; pero que el objeto de aquel regalo tan franco y tan espontáneo lo había reconocido después, porque al presentarse el general Garza y entrar con él en combate había sido tal el ahínco de matarle, que sólo en el insignificante tiroteo de Los Corchos habían sucumbido once oficiales de su estado mayor. Lo cual contaba Barradas en elogio del amor a su independencia que los mexicanos tenían. Fueron sus palabras. (N. del A.)

Barradas tomó y leyó aquel oficio y lo devolvió a Santa-Anna sin decir palabra.

—Diga usted al señor general Iberri, contestó Santa-Anna a Mejía después de un momento de fingida vacilación, que estoy en pláticas precisamente con el señor general español; se lo cuenta usted, ¿estamos? y que espere mis órdenes. Pero entre tanto, esas tropas tomen ahí su rancho, sobre su misma formación.

Y Mejía iba a partir cuando le detuvo el general en jefe para agregarle:

—Pero en todo caso, advierta usted al general Iberri, á quien no contesto por escrito por carecer aquí de recado para escribir, que si oye tiros, avance inmediatamente sin nueva determinación.

Á lo que Mejía, al montar a caballo, repuso:

—¿Le parece á usted, mi general, que las fuerzas pasen el río y tomen sus ranchos de esta otra banda para estar más expeditos?

Santa-Anna se quedó pensativo por un momento y luego dijo:

—Diga usted al señor Iberri que esté listo, colocando sobre el río el equipaje de puente; pero que mientras, de esos cuatro mil caballos que han llegado, haga que pasen el río mil ginetes de las tropas ligeras al mando de un jefe de toda confianza, con media batería de a caballo, todo a las órdenes de su jefe, á quien irá usted mismo á situar en el punto que se ha determinado; que la caballada permanezca en cadena, y la tropa descansando al frente de sus armas formadas en pabellones. Y usted, señor Mejía, deberá permanecer allí para todo lo que pueda ofrecerse, por el conocimiento que tiene de la localidad.

Mejía partió. El general mexicano entonces dirigió el rostro al español, como en actitud de responder a la intimación que se le acababa de hacer. Mas el general Barradas, que tenía conocimiento de cómo se batía el soldado mexicano cuando era dirigido por la inteligencia y el valor, y comprendiendo que las ventajas que poco antes parecían estar por él se habían desvanecido ahora, se apresuró á aceptar la palabra

que al parecer se había escapado de los labios de Santa-Anna para entrar en pláticas con él, y dijo así:

—Muy satisfactorio me sería escuchar, señor general, la voz de la razón y de la conveniencia entre individuos de una misma familia, para lo que invito al señor general Santa-Anna á que, desalojando los puntos que ha tomado hasta ahora con tan recomendable bizarría, se retire, si lo creyese conveniente, á tambor batiente y á bandera desplegada, á Pueblo Viejo de Tampico, adonde tendré el honor de mandar un comisionado para tratar de las cosas de la guerra, estando persuadido que habremos de entendernos aquí entre nosotros sin otra intervención directa de los hombres de guerra, entre quienes con más franqueza se resuelvan aquellas cosas que aparecen más difíciles de resolver que de cierto habrá de convenir.

Estábamos, pues, de enhorabuena. La cuestión no podía presentarse bajo mejor aspecto. Y el general Santa-Anna, fingiendo que se le vencía, accedió después de alguna resistencia de su parte.

En virtud de lo cual, ese mismo día á las cuatro de la tarde nos retiramos, *tambor batiente y bandera desplegada*, á nuestro cuartel general, según lo pasado en acta extendida y firmada por los gefes del estado mayor de ambos ejércitos y ratificada por sus respectivos generales, quedando en espera del comisionado de Barradas.

En cuanto á los veinte mil hombres, no obstante haber sido creído por todos los que en aquel acto no estábamos en el secreto, y puesto que solamente sabíamos como cosa cierta que el gobierno general había hecho marchar por el rumbo de Jalapa un numeroso cuerpo de tropas á las órdenes del general vicepresidente de la República don Anastasio Bustamante, lo de los veinte mil hombres, repetimos, no fue más que un ardid de situación, admitido, como todos los ardidés del caso, en los lances de la guerra; no creyendo por esto lastimada la susceptibilidad española, como lo tiene acreditado cierto escritor peninsular de quien nos encargaremos luego, que calificó el hecho de *bastarda e infame intriga*, cuando la historia militar del mundo está tan llena de esta clase de incidentes, que sin calentarnos la cabeza y echarnos a buscar alguno del cúmulo de ellos que existen en la bis-

toria, lo narramos aquí, por ejemplo el de Lonato en Italia, en que fingiendo el general Bonaparte, sorprendido ahí casualmente por cuatro mil austríacos, que en Lonato se encontraba el ejército francés, cuando no era así, sino que habiendo ido á aquel punto el futuro dueño del orbe á visitar 600 enfermos que le pertenecían, acompañado solamente de su estado mayor, su presencia sola bastara para que, reconocido por el oficial enemigo que acudía á imponer la rendición, la columna austríaca tuviese al fin que rendirse á disposición del "Petit Caporal".

No ha habido aquí una total semejanza con la de Lonato; pero sí se ha acercado lo bastante para declararlo así, satisfaciendo la curiosidad del ufano escritor con la presencia de un "similiter cadens" con un fantasma de veinte mil hombres creado en Tamaulipas por el general mexicano, fantasma que pusiera en inmediato respeto al general conquistador y diera lugar á que en virtud de tal fantasma, que nunca pudo apartarse de la mente de los invasores, tuviesen éstos que rendir al fin sus armas en las manos del general Santa-Anna casi á los dos meses, no cumplidos, de haber pisado la hermosa tierra de los aztecas.

No obstante todo esto, nuestra situación era por demás desesperada. Verdad es que Santa-Anna abundaba en recursos de cabeza para aturdir con notas exageradas y hasta faltas de templanza al enemigo, en que le hacía la pintura más viva respecto del mundo de soldados con que le tenía bloqueado, á efecto de que cuanto antes se decidiese a evacuar el país mediante capitulación, sin admitirle otra entrevista personal que solicitaba, que entrañaría quizá vaguedades capciosas, que admitidas, le darían tiempo para recibir auxilio de ultramar que el invasor aguardaba con expectante avidez.

Pero entre tanto, no llegaban á nuestro cuartel general los auxilios que Santa-Anna tenía pedidos a los gobernadores limítrofes, ni el gobierno general podía hacerlo tampoco, á causa de los embarazos y contrariedades que en aquella ocasión sufría.

Se verá por lo expuesto que por algunas horas en Tamaulipas la fortuna nos había volteado la espalda, pero ya habrán visto nuestros lectores la sagacidad oportuna con que nuestro

diestro caudillo se le colgó del cuello para que volviese a sonreírnos.

Había entre tanto llegado a Pueblo Viejo el general don José Velázquez de la Cadena, procedente de México, conduciendo la importante noticia oficial de hallarse en Jalapa, y en camino para el teatro de la guerra, el vicepresidente de la República general don Anastasio Bustamante, a la cabeza de ocho mil veteranos, con algo más que nos traía Velázquez, es decir, con cuatrocientos sesenta hombres, compuestos de menos de trescientos del batallón de Mexxitlán, sesenta cívicos del primero de México, y cien dragones del 3^{er} regimiento, como total de las divisiones que se esperaban y aumento efectivo con que se reforzó á Santa-Anna para vencer a los invasores. ¡Siempre el mismo conflicto!

La cuestión de Patria estaba muy lejos de nuestras esperanzas, si debíamos atenernos a los esfuerzos del gobierno, que, rodeado de enemigos y de inepticia por parte de sus amigos, le inhabilitaban para ejercer ampliamente un poder que se le disputaba, contrariándole.

Mas si anhelabais encontrar cooperación, no hay duda que la encontraríais en la gran masa del pueblo y en el talento creador y diligente del general Santa-Anna, que convertía en útiles soldados en menos de un mes á reclutas que se le enviasen sin rudimento alguno en el servicio militar: tal era su afición, en que era felizmente secundado.

Aunque esa vez contábamos con un Código fundamental, no podía fijarse de consuno el arbitraje de las instituciones cimentadas sobre el género de república que pudiera convenirnos en definitiva, á efecto de acercarnos hacia el engrandecimiento de una patria que aún vestía el ropaje de la niñez, y en que no estábamos preparados todavía para aceptar el prodigioso ascendente que, sin embargo, se exhibía de continuo en el pueblo: el ahinco por la causa de la libertad, bajo los auspicios de la democracia pura; porque existía un edificio que contenía archivadas todas las consecuencias del pasado, edificio que debería estallar al albor de la libertad naciente en que los pueblos necesitan de un cataclismo social, de una conmoción política para desechar lo antiguo y aceptar lo nuevo.

De modo que la República, en su feliz mocedad, parecía levantarse ya como un solo hombre. Pruébalo la admirable abnegación de abandonar enteramente las poblaciones y fincas de campo á la rapacidad del invasor, para tomar las armas unos y emigrar otros, dejando á lo más granado de sus deudos la noble misión de pelear, con todo el júbilo y entusiasmo á que se presta una gran fiesta de familia. Se nos figuraba ver, ni más ni menos, lo que habíamos leído acerca de la Revolución francesa, al partir de los voluntarios armados que corrían a las armas al llamado de la patria en peligro, en cuyo recuerdo sólo podría extrañarse la ausencia del canto armonioso y fascinador de la Marsellesa, que tan profundamente ha enloquecido á aquellos denodados guerreros.

El modo sonriente y siniestro con que el paisanaje, simulando su odio, recibía al invasor hasta en aquella previsora cautela de regalar un caballo sin apreciación alguna de su importe al jefe de la expedición, con el solo fin de reconocerle por el caballo para perseguirlo y matarlo luego, en cualquier encuentro de armas, cosa que estuvo a punto de realizarse con la asombrosa matanza de once oficiales del estado mayor de dicho jefe, oficiales que sucumbieron al lado de Barradas en el pequeño tiroteo de Los Corchos, circunstancia que hizo comprender al común enemigo que la causa de la independencia se había avivado de una manera prodigiosa en todos los corazones.

Pero lo de defender y poder conservar incólume la preciosa herencia de nuestros héroes, adquirida á tan alto precio, al precio nada menos que de su sangre perdida en los campos de batalla y en el cadalso, no se había fijado todavía. Nos faltaba en aquella ocasión la fortuna de tener una gran suma de hombres á propósito para ocupar no sólo el primer puesto, pero ni aun los necesarios para ilustrar el gobierno de los Estados.

Hará cosa de doce años que para tales entidades no contábamos con esa clase de hombres, que han venido a surgir hasta un poco después de la revolución de Ayutla. . . Y si no, recuérdense los apuros en que se viera México á la terminación de aquel movimiento revolucionario. . .

Después de él, hemos visto con gusto patriótico, con satis-

facción verdadera, que se presentan candidatos dignos, que traen el programa de su existencia política en sus mismos talentos, en su capacidad y en sus virtudes verdaderamente republicanos, y que por ello debemos felicitarnos, *aunque todavía no es oro todo lo que reluce.*

Iturbide, después de haber consumado la gran obra de la Independencia, nos dijo: "Os he enseñado el camino de ser libres; toca á vosotros ahora el elegir el modo de serlo."

Pero pasamos ocho años de existencia como nación libre, y no obstante eran los hombres y no las cosas los que superditaban en la cuestión de principios. Y Santa-Anna, que estaba allí, era entonces el necesario, el radiante lumínico, por decirlo así, al que se dirigían todas las miradas y todas las aspiraciones, por ser un joven entendido, valiente, expedito, y ser además el glorioso fundador de la República.

La culpa no era suya; pero sin él, en aquella vez, cuando el gobierno español hacía el último esfuerzo para romper á cañonazos las puertas del país, que había cerrado Iturbide; sin Santa-Anna, repetimos, sin sus talentos y su genio militar, que superaba á sus demás compañeros de armas, desengañémonos y no nos hagamos ilusiones, sin él, repetimos una y mil veces, habría peligrado la independencia; al menos, se nos habría emborrascado por algunos años más.

Fernando VII, quizá, al triunfo de Barradas en Tamaulipas (lo que estuvo en un tris), manteniendo a Santa-Anna prisionero y encerrado en algún castillo, habría tenido lugar de lanzarnos sus otras cuatro divisiones, de ligarse, como se ligó, con los Borbones franceses, que estaban de enhorabuena porque ya no existía Napoleón; nuestro país habría tenido mucho que hacer y mucho que sufrir.

En fin, ¿quién sabe cuántas cosas habrían sobrevenido con aquel motivo? ¿Quién sabe qué hubieran hecho nuestros adorables vecinos? Pero siempre la pita se habría roto por lo más delgado. Y Dios supo lo que hizo.

Acúdase á la historia de los días de la restauración de los Borbones en Francia en 1819, en que el Vizconde de Chateaubriand, que era primer ministro de Luis XVIII, hablaba de su campaña en la Península y de los cincuenta mil hombres con que la recorría el Duque de Angulema, á fin de allanar

á Fernando su estabilidad en el trono español; convención que vino á fracasar á la caída de Carlos X y exaltación al trono francés de Luis Felipe de Orleáns.

Á no haberse presentado esta catástrofe en la primera rama borbónica, ¡quién sabe á qué peligros habría estado expuesta nuestra independendencia, con el buen acuerdo que existía entre los dos reyes, entre Carlos X y Fernando VII!

VI

Nos HALLÁBAMOS, pues, en nuestro cuartel general de Pueblo Viejo de Tampico, de vuelta de Tamaulipas, donde habíamos dejado á Barradas filosofando acerca de los veinte mil hombres que se le habían aparecido como por encanto, y en espera nosotros del comisionado que nos había ofrecido.

En estas circunstancias se presentó en nuestro campamento el general don Manuel de Mier y Terán.*

Este gefe, al anunciarse el desembarco de los españoles en Playa Jerez ó Cabo Rojo, se hallaba reconociendo, de orden suprema, los límites de la frontera de Texas y los Estados Unidos. Había regresado de Las Nueces y se encontraba en Matamoros, cuando fue invitado oficialmente por el general don Felipe de la Garza para que corriese á la defensa del país. Terán, en consecuencia de esta invitación, se movió, pero hasta el 19 de agosto en la tarde no llegó á Altamira. Garza quiso entregarle el mando, ya por ser Terán general efectivo, ya por sus conocimientos militares, ya, en fin, por su bien merecida reputación; pero los rehusó Terán obstinadamente, y más bien que admitir el mando, prefirió poner-

* No sabemos qué pasaba desde entonces en el corazón y en la cabeza de aquella respetable lumbrera del ejército mexicano, tal era su profunda tristeza. A veces se le miraba tan distraído y tan fuera de sí, que olvidaba lo que estaba haciendo ó hablando; sus disculpas las solía confiar á sus amigos íntimos, entre los cuales se contaba el coronel don José María Díaz Noriega, pero sin declararles jamás las causas de aquella sensible enervación de sus sentidos, que vino a estallar más adelante, en el año de 1833, que se suicidó un día pasándose el cuerpo con su propia espada sobre el sepulcro que guardaba los restos del héroe inmortal de Iguala. (N. del A.)

se á las órdenes de Garza por un sentimiento de moderación, como si fuese su subalterno, y se encargó inmediatamente de la defensa del camino que conduce á Altamira.

Mencionamos aquí la fecha en que llegó Terán al campamento mexicano y su resistencia á recibirse del mando que Santa-Anna le ofreció, porque algunas personas, mal intencionadas, han querido suponer que el general Santa-Anna se presentó después que Terán en el teatro de los sucesos, arrebatándole la dirección de la campaña, lo que fue y es absolutamente falso.

Santa-Anna partió de Veracruz, como lo saben muy bien nuestros lectores, sin recibir órdenes ni instrucciones del gobierno de la Unión, quien á consecuencia de este acto de patriotismo, y de ser el primero en la oportunidad de salir al encuentro de los invasores, le remitió luego el nombramiento oficial de general en jefe de aquella expedición, nombramiento que Santa-Anna recibió á su arribo á Tuxpan, en ocasión que cambiaba de embarcaciones para seguir caminando en canoas, con más seguridad, por la laguna de Tamiagua, y así burlar la expectativa española, atracando con su flotilla en Pueblo Viejo de Tampico el primero de agosto ya citado, siendo el general Santa-Anna el que nombró á Terán su segundo en jefe, después del combate del 21 de dicho mes, al presentársele Terán en el cuartel general.

Aunque esta persona era muy competente y muy entendida, debe comprender cualquiera que haya conocido al héroe veracruzano, que en materia de movimientos y demás operaciones de una campaña ha conservado siempre Santa-Anna, y con rigidez, esa independencia de carácter y de acción que tan excelentes resultados ha dado siempre a los hombres de guerra; sin que por esto, entonces, se hubiese turbado en lo más mínimo la buena armonía y deferencia que conservaron mutuamente ambos gefes durante aquella memorable campaña.

Garza y Terán habían permanecido en Altamira á la incursión de Barradas por aquel rumbo; mas eran tales las torpezas cometidas por el primero, que el segundo tuvo por conveniente abandonarlo, á la noticia de hallarse ya Santa-Anna combatiendo al invasor.

Terán se trajo de allá unos seiscientos hombres útiles, con excepción de igual número de cívicos que no quisieron seguirle y que eran incapaces de batirse.

Con este refuerzo, pues, comenzó el general Santa-Anna sus operaciones, para interponerse entre la barra y la ciudad de Tampico. Y para impedir absolutamente toda comunicación por mar al enemigo, se situó otra batería, á más de la que teníamos en El Humo, en el punto llamado de Las Piedras, quitándole con esto la navegación del río; operación que debió empalidecer á Barradas. . .

El general Mier y Terán marchó á ocupar una ranchería conocida con el nombre de "Doña Cecilia", situada entre el Fortín de la Barra y Tampico de Tamaulipas.

Este movimiento era de mucha importancia, y allí esperaba el caudillo mexicano tener una función de armas con todas las fuerzas del enemigo.

El 7 de setiembre se hizo el primer movimiento, y el 8 el general Santa-Anna esperó al invasor.

A las oraciones de la noche volvió Santa-Anna, desesperado, al cuartel general. El enemigo se había estado quieto, y esta quietud le exacerbaba en demasía para poderse esperar, y por la tendencia de Barradas de querer *ganar tiempo*. . . Por esto fue que dispusiera se dirigiese una nota enérgica, verdaderamente fuerte, para moverlo á desamparar la empresa ó de batirse á todo trance.

Le hablaba en ella de "la injusta agresión que había inferido al país, invadiéndolo de parte de un rey monstruo que desconocía el derecho de los pueblos, pueblos á los cuales había sumergido en épocas muy tristes á su dominación tiránica; que obedeciendo al poder absoluto de su dueño, amagaba con un puñado de aventureros á más de ocho millones de libras; que lo tenía bloqueado por todas partes con numerosas fuerzas, á las cuales apenas podía contener en su ardimiento y en su patriotismo; concluyendo con prevenirle que, si no se rendía á discreción en el término de cuarenta y ocho horas, sería irremisiblemente batido y pasado a cuchillo sin cuartel alguno".

Pero como la respuesta de Barradas, que condujo un capitán llamado don Mauricio Castellón, concluyese diciendo

que se dejase franca la comunicación de su cuartel general con la barra, la respuesta á esta pretención absurda fue repulsada en el acto, repitiéndole la intimación, y el pliego lo llevó el mismo Castellón que había mandado el general invasor.

Éste había adoptado una conducta bastantemente circunspecta, ó mejor dicho, bastantemente jesuítica, para ver con cachaza todo lo concerniente á la campaña, desentendiéndose de cuanto le decía el general mexicano en lo tocante á rendirse, ó á evacuar el país por medio de una capitulación honrosa que se le ofrecía.

Hemos querido insertar íntegra su respuesta á la última comunicación que se le dirigió, porque si bien se halla en término en que emplea la moderación, ella revela que el general Barradas había sufrido en sus intentos un completo fiasco, y que irritado por esto, se conformaba ahora con resignarse á sí mismo á los efectos de que era capaz el valor siempre grande y honroso del soldado español.

He aquí la citada comunicación:

«No es la impotencia ni la debilidad la que me ha sugerido á abrir negociaciones para evacuar el país: razones de estado,* y el evitar un derramamiento inútil de sangre, es lo que me movió á dar el paso que motiva la contestación de Vd.

»No he podido menos de extrañar que usted trate de aventureros y esclavos á soldados que en tantas batallas y combates han acreditado que prefieren el honor sobre todo. Soldados de un rey y de una nación tan ilustre y respetada en los anales de la historia, conservamos aquel pundonor militar que no sabe transigir con el oprobio y la ignominia.

»La división de mi mando, al partir para este país, ha obedecido las órdenes de su rey, porque era y es su deber hacerlo así. Usted, su gobierno, y los pueblos por donde ha transitado, no pueden quejarse en justicia de que haya cometido la más leve extorsión, porque he respetado las vidas y propiedades de sus habitantes.

»En vista de esto, usted es árbitro de elegir, ó una transac-

* Suponemos que la razón de estado consistía en entrar en hablas acerca de los derechos a la corona de España, que maliciosamente dejó deslizar Barradas en la única entrevista que tuvo con Santa-Anna cuando retrocedía de su incursión á Altamira. (N. del A.)

ción con honor, ó los efectos de que es capaz una división de valientes que dista mucho de llegar al estado en que usted la supone, y que prefiere sobre todo sus virtudes militares.

»El portador de este pliego es el coronel don José Miguel Salomón, por cuyo conducto aguardo la resolución de usted.

»Dios guarde a usted muchos años. Cuartel general de Tampico de Tamaulipas, nueve de setiembre de 1829.—Isidro Barradas.—Sr. general D. Antonio López de Santa-Anna.»

Salomón se presentó al fin en nuestro cuartel general, conduciendo el pliego que acabamos de insertar en estos "Apuntes". Ya lo conocíamos de vista por la primera vez el 21 de agosto en Tamaulipas, y su aspecto respetable nos había simpaticado.

Ahora quizá íbamos á escucharlo, á escuchar aquella voz que, acostumbrado al campamento, había empleado tantas veces en los campos de batalla en que había encanecido, al frente de aquella infantería española que se singularizaba por su serenidad y valor indomables y por su costumbre militar de dejar señaladas las hileras sobre el terreno mismo en que la muerte siega, implacable, la vida de los valientes.

Hallándose presentes, pues, se le demostró, en medio de una gran junta de guerra ante la cual fue acogido con benevolencia, la sinceridad con que los mexicanos habían depuesto sus querellas domésticas ante el peligro común, á presencia de los invasores, y se le convenció hasta la evidencia que la cuestión del *borbonismo* no había sido más que una arma de partido para desacreditar un bando al otro en el terreno de las pasiones políticas, haciéndole comprender que la independencia era un hecho consumado, y tan fuera de razón y de justicia abandonarlo, como si los franceses quisieran hacerlo hoy en España, tras los desengaños de una insurrección universal coronada por el memorable 2 de mayo en Madrid y el hecho glorioso de Baylén.

Ante todo lo cual se inclinó aquel recomendable veterano, manifestando "que la expedición militar á que tenía la honra de pertenecer se había desprendido de España en fuerza de las repetidas excitaciones que se le hacían al Rey de parte de los españoles expulsos, y en vista de las apreciaciones de los periódicos mexicanos relativamente al numeroso partido bor-

bonista que se decía existir; que el Rey había creído evidentemente en la posibilidad de una reacción realista en la antigua Nueva España, causa por la cual Su Majestad se había limitado a valerse de muy pocas fuerzas, en virtud de la buena acogida que obtendrían las que mandara en exploración, para que supuesta la unión verificada, que él aplaudía desde luego, parecía que entre individuos de una misma raza, de una misma creencia religiosa y de unos mismos sentimientos de parentesco y de amor, no habría inconveniente alguno en que se les permitiese retirarse sin novedad, bajo cuyo aspecto aquella pequeña parte del ejército español que había venido a México, capitularía”.*

Mas habiéndosele objetado “que esa pequeña parte del ejército español no había venido á México con ninguna misión pacífica, sino que se presentaba en son de guerra, amenazando su independencia y derramando la sangre de los mexicanos por el solo capricho del monarca, parecía muy puesto en razón que á ese ejército, vencido en buena lucha, el vencedor le impusiese la obligación imprescindible, á nombre de su patria ultrajada, de rendirse discrecionalmente, á condición de ser México bastantemente generoso para respetar en esa fracción del ejército español los fueros de la desgracia, haciéndole todas las concesiones que el derecho de gentes y de guerra permitiesen; que por parte de la clase militar mexicana no había absolutamente en contra de la española, á quien consideraba y quería como una hermana suya, odio ninguno, pues se la creía obligada á sacrificar su vida en las aras del deber y de la obediencia; que sus brazos estaban abiertos para acogerla y llorar con ella el inmenso sacrificio que se le imponía; pero que su indignación no tenía límites en contra del monstruo que, lisonjeándose en verter á torrentes la sangre humana, se gozaba en las desgracias que su ambición le su-

* No hay duda que parece á primera vista que hubo crueldad en no permitírseles lo que indicaban para poder evacuar el país, retirándose pacíficamente. Pero es necesario convenir que la crueldad no consistía en considerarlo así, sino que el enemigo, tras estas repetidas rémoras, ocultaba el doble designio de ganar tiempo, á fin de estar á derecho de batirse con más esplendor á la llegada de las demás divisiones, ó parte de ellas, al teatro de la guerra. (N. del A.)

gería, sin reparar en los infortunios de una y otra patria; y que mejor le estaría en dar paz, vida y progreso á nuestros hermanos los españoles que aún gemían bajo el capricho y el estúpido despotismo de su gobierno, prescindiendo de estas sangrientas y brutales conquistas que reprueban altamente la razón de estado y la civilización del siglo” (*aplausos*).*

Habiéndosele objetado todo esto, sin exaltación y sin insultos personales, Salomón se levantó de su asiento para decir “que hervía la noble sangre castellana en dignidad y en valor bastantes para admitir humillaciones que desde luego rechazaba allí mismo como uno de sus representantes; y que en consecuencia se retiraba con supremo pesar, para poner en conocimiento del gefe de la expedición todo lo que había oído y respondido en aquella entrevista oficiosa”.

Al marcharse el respetable anciano, con el natural disgusto de verse tan profundamente herido en la persona de su rey y señor, el general Santa-Anna puso en sus manos un pliego abierto para Barradas, en que, recapitulando cuanto le tenía manifestado en sus notas anteriores le repetía en ésta: “que debiendo cesar el armisticio acordado á las ocho de la mañana del siguiente día, y que no habiendo tratado nada con el señor Salomón, quedaba en libertad para obrar; que ya había advertido al expresado coronel que no volvería á admitir ni comunicación alguna, ni comisionado alguno tampoco, sin el aviso perentorio de que quedaban dispuestos los invasores á evacuar el país mediante rendición discrecional de sus armas y banderas”.

En efecto, Salomón no había traído más fin ni más objeto, al visitarnos ese día, que ser simplemente el conductor de un pliego abierto sin que en el cuerpo del oficio, como habrán visto nuestros lectores, se revelase misión alguna de parte del invasor; pero que Salomón había querido que se le escuchase, quizá con anuencia del mismo Barradas, y no había habido embarazo alguno en concedérselo.

Mas he aquí, en esta nueva tentativa, la constante idea simulada y poco discreta del invasor, en promover entrevistas y armisticios con el fin de ganar tiempo.

* Discurso del señor mayor general don Pedro de Landero. (N. del A.)

Pero las cosas marchaban ya á su término, á su desenlace, y los temores de Santa-Anna á justificarse por sí solos. Y en prueba de lo cual, Barradas, que se miraba contrariado en sus ardientes deseos, había nuevamente entrado en conflicto, impetrando por tercera vez un armisticio de unas cuantas horas nada más, mientras reunía una junta de guerra para resolverse á tomar cualesquiera de los extremos de la disyuntiva en que le ponía el general mexicano.

Mañana y tarde se pasó en la expectativa del resultado que dieran esas contestaciones; llegaba la noche, y con ella un fatal accidente, ajeno de la voluntad humana.

Al ponerse el sol comenzó á soplar una agradable brisa, que duró poco más de una hora, que mitigaba la intensidad del calor sofocante que por muchos días se había experimentado, temperamento agradable que desapareció bien presto, porque el viento arreció para convertirse luego en el más horrible huracán, el que arrancaba de cuajo los techos de las casas de guano, que hacía volar por entre las nubes á la manera de gaviotas o de zopilotes. Los árboles mejor arraigados eran extraídos de su cimiento, y la pujanza del aire los azotaba contra el caserío, aumentando así el terrible desconcierto que se experimentaba.

La caballada de los cuerpos que andaba de remonta corrió asustada á los bosques, creyendo allí encontrar abrigo, siendo muerta, lo propio que el ganado vacuno que había quedado, á causa de los árboles de gran magnitud que caían sobre ellos. Las tiendas de campaña, las barracas, todo desaparecía como por encanto y hasta las casas de mampostería y las fortificaciones volaban como pequeñas pajas, acabando todo y muriendo todo bajo el aspecto aterrador de aquel trance gigantesco que la naturaleza representaba en su terrible enojo.

Hemos leído con detenimiento la descripción que hace en su comenzada y no terminada obra de la "Historia de México" escrita por el señor Suárez Navarro en la parte relativa de la campaña de Tampico, y vamos á permitirnos copiar aquí algunos pequeños párrafos de ella, que hacen alusión al desenlace de aquel glorioso drama militar, por parecernos ser enteramente exactos y conformes con lo que nosotros presen-

ciamos allá; porque creemos que nuestros lectores quedarán por ello muy complacidos, tanto más cuanto que la obra del señor Navarro no tuvo la suficiente circulación, por circunstancias que omitimos explicar aquí (acerca de esto mismo, algo hemos dicho en el capítulo III de estos Apuntes). El señor Navarro escribió esa historia á grandes rasgos, sin tener en cuenta algunas prioridades ó menudencias que son siempre de gran importancia en este género de escritos, por lo que pueden servir al historiador en beneficio de la verdad; en el concepto de que para mayor exactitud alternando intercalaremos, copiando entre comillas todo lo perteneciente al Sr. Navarro.

VII

«HASTA LA UNA de la tarde del día 10, dice aquel escritor, no minoró la fuerza de los elementos. Nuestros soldados resistieron el tremendo huracán sin abandonar su posición: fuerza era vencer con tales tropas, cuando ni la tempestad ni el torbellino les arrancaba del lugar en que habían puesto su heroica planta.

»Esta fatal ocurrencia aumentaba los embarazos del general Santa-Anna. Faltaban totalmente recursos con que atender al mantenimiento del soldado.*

»No había hombres que dedicar á la reposición de las trincheras; los cívicos, gente indisciplinada y colecticia, los más huyeron á la vista de los peligros en esa noche memorable. Nuestro diminuto ejército se encontraba á la intemperie, sumergido en el fango después que bajaron las aguas de la marea; no había un palmo de terreno en que se hiciese lumbre para preparar los alimentos.

* La pobre tropa se mantenía con guayabas, que en aquella época germinaban en abundancia por los montes de Tampico; y el que esto escribe, que era entonces alférez del 2º escuadrón del regimiento número 12, hacía otro tanto, habiendo tenido la triste necesidad de cambiar el único caballo que tenía, y al que tanto amaba, por cuatro tortas de pan negro. Al salir de nuestros cuarteles de Santa Fe para ir a la playa hasta tocar con Tampico, se auxilió al cuerpo con quinientos pesos, y ya no volvimos á tener sueldo hasta noviembre del mismo año, es decir, hasta pasados cuatro meses de hambre, y lo que es peor, sin equipaje, por haber recibido la orden de no llevarlo, para ir más ligeros. (N. del A.)

»Inquieto é impaciente el general Santa-Anna por tanta desgracia, intentó pasar al campo de Terán para cerciorarse por sí mismo del estado de las tropas, y también para observar si ellas estarían capaces de sacarse algún partido de la misma calamidad que había desconectado los planes y combinaciones del general mexicano.»

Hemos dicho que Terán había marchado á situarse al Paso de Doña Cecilia, el cual lo constituía un edificio grande de mampostería y madera, sólidamente asentado sobre aquel terreno movedizo, rodeado de pequeñas casas y cerca de un arroyo que en esos momentos tenía el aspecto de un río caudaloso de espantosa corriente y difícil de vadear, de modo que para ir al campo de Terán, viniendo de Pueblo Viejo, era indispensable pasar este arroyo, de tal suerte que al acercarse Santa-Anna se encontró este inconveniente; pero había allí fuera del agua un cayuco que servía sin duda para el paso en tiempos comunes.

Mas ¿quién sería tan valiente que en aquellos momentos se arriesgase á ir en él? El tiempo urgía, y el carácter del general Santa-Anna demasiado impaciente para esperar.

Había llevado consigo de Pueblo Viejo á un hombre, á un catalán á quien por aquellos rumbos se le conocía con el apodo de "Matalachiva". Este hombre era marino, y no sólo eso: Matalachiva para el trabajo era un yunque, como suele decirse, un hombre de acción: joven todavía, robusto, y de una fuerza muscular extraordinaria. Pues á este hombre ordenó el general Santa-Anna alistase el cayuco para atravesar aquel brazo de mar embravecido, poder hablar con el general Terán y revistar la tropa en la margen opuesta.

Matalachiva, no obstante su cuerpo atlético, su carácter adusto y fanfarrón y sus nervudos brazos, se puso pálido, pero obedeció. De todo puede olvidarse el hombre menos aquello que puede herir su amor propio.

Entonces el joven general se lanzó ai cayuco sin meditarlo siquiera, y al que envolvieron en el acto las olas espumosas del torrente, haciendo zozobrar el cayuco, que se vio luego pasar como una flecha, pero ya sin su ilustre carga.

Habrían transcurrido algunos segundos cuando el general y Matalachiva surgieron repentinamente de aquella agua, aquel

hervidero inquieto y terrible en la opuesta orilla, ensopados, sin sombrero ambos, con las manos del intrépido marino chorreando sangre á virtud de los esfuerzos que hiciera para salvar al general.

Terán, que presenciaba el lance, cuando desapareció el cayuco con su carga se agarró la cabeza con las dos manos al contemplar la suerte de aquellas dos víctimas del atrevimiento, que le habían presentado batalla al Eterno.

«Durante el temporal, los enemigos que ocupaban el Fortín de la Barra se refugiaron en un monte inmediato para cubrirse de la tormenta. El general en jefe mexicano no quiso dejar escapar la oportunidad de posesionarse de aquel interesante punto. Todas las noticias que habían comunicado las avanzadas de la segunda división, situadas en las costas inmediatas al Fortín, estaban contestes en que el invasor lo había abandonado. En esta inteligencia, dispuso el general Santa-Anna sus columnas para ocupar el Fortín y batar al enemigo antes de que éste regresase á él para reparar los estragos que el huracán hubiese hecho en el fuerte.

»El intrépido Santa-Anna consideró el mal que le resultaría á sus tropas abandonadas á la inclemencia; calculaba la lentitud que se ocasionaría á las operaciones de la campaña por las lluvias y la incomunicación de los caminos anegados. Receloso de que se le frustraran completamente sus planes, se resolvió á buscar un resultado pronto y á todo riesgo, porque la demora habría ocasionado la ruina cierta del ejército. Estas reflexiones, que no se ocultaban á los gefes y oficiales, aburridos de fatigas y sufrimientos, é igualmente animados de los deseos más ardientes de venir á las manos, produjeron tal entusiasmo y decisión para el combate, que era preciso aprovecharse del momento.»

Terán y Santa-Anna departían luego sobre el modo de apoderarse del fuerte, que hasta allí consideraban vacío. El primero opinaba por que al hacerlo, precediese una intimación oficial por medio de un ayudante, para que hubiese siempre un acto de honrosa cortesía, mientras que el segundo estaba por que súbitamente se ocupase la posición, rompiéndose en el acto el fuego sobre el bosque donde se ocultaba el enemigo, á fin, decía Santa-Anna, de evitarse el trabajo

de arrancárselos por la fuerza, con detrimento de la mucha sangre que se derramase, y que era preciso economizar.

Pero Terán se opuso siempre, recordándole á Santa-Anna que Barradas no lo había atacado bruscamente el 21 de agosto, sino que había tenido el comedimiento de ir personalmente á advertirlo.

Uno y otro tenían razón; pero cediendo el general Santa-Anna ante la insistencia respetable de su compañero, dispuso que un ayudante suyo, el teniente coronel don Ildefonso Delgado, fuese al bosque donde se encontraba el enemigo, con la misión acordada.

Eran las ocho de la mañana del día 10.

«Apenas habían comenzado á moverse los mexicanos sobre el Fortín, cuando el general Santa-Anna, adelantándose á sus columnas, se cercioró de que el invasor ocupaba ya el puesto y se preparaba á la defensa. Las circunstancias de los nuestros eran críticas; el compromiso del caudillo verdaderamente desesperado.

Á pesar de esto, el teniente coronel don Ildefonso Delgado, después de encontrarse todo dispuesto para intentar el asalto, montó á caballo, y con una bandera blanca en la mano se acercó al Fortín, que en efecto ya ocupaba el enemigo, y tocó parlamento.

En el acto se presentó un gefe español, á quien el oficial de órdenes mexicano preguntó por el comandante del punto; y cerciorado de que hablaba con él mismo, usando de las palabras más corteses, le impuso la rendición de parte de su general.

El gefe español, que no era otro sino el brigadier Vázquez, que se hallaba allí á la cabeza de seiscientos hombres de que se componía el batallón de la Corona, mandó tocar *silencio*; y después de pasados algunos segundos, dijo al oficial mexicano:

—Acercáos, y decidle á vuestro gefe que las tropas de S. M. el Rey no se rinden á los traidores.*

* Por esto se comprenderá que sólo en Barradas existía el sentimiento de la moderación, mientras que en el ejército se palpaba la más ciega exaltación. (N. del A.)

VIII

LAS COLUMNAS MEXICANAS, que eran dos, se habían sentado entre tanto sobre el lodo, porque no había otro arbitrio más. Á la voz del gefe español que escuchamos todos, porque fue con voz de trueno con que nos regaló el oído, las dos columnas, como movidas por un resorte, se pusieron en pie, é indignadas pidieron á gritos la batalla.

No nos dividía del Fortín enemigo más que un médano de arena tras el cual estábamos.

En esos momentos el general Santa-Anna, profundamente herido su corazón patriótico, exclamó dirigiéndose al gefe de la primera columna, que estaba más próxima:

—¡Lemus: al Fortín o al infierno.....!

Dos extremos tenía que escoger: ó empeñaba la acción con una tropa que había estado sumergida hasta la cintura toda una noche en el fango, agobiada de penalidades, ó emprendía la retirada, dejando burlados á la vez el entusiasmo del soldado y la gloria nacional, comprometida ante un enemigo maldiciente que nos había llamado traidores.

Las inmediatas consecuencias habrían sido que los españoles se hubiesen vuelto á poner en contacto; que alimentaran esperanzas de salvar sus armas de una humillación, porque momentáneamente aguardaban refuerzos y víveres de La Habana.* El estado de nuestro ejército no mejoraría ni en fuerza ni en medios de conservación con sólo diferir el ataque. En tal conflicto, el general Santa-Anna se decidió por el primer extremo, y ordenó el asalto al Fortín de la Barra.

* El 29 de septiembre arribó a Tampico una flotilla española al mando del marino don Francisco de P. Sevilla, conduciendo víveres y tropas. El general Mier y Terán, que había quedado con el mando á la marcha de Santa-Anna para Veracruz, entró en contestación con este gefe: mandó á bordo de la fragata *Casilda* al coronel don José Batres para que instruyera al comandante español de la capitulación de las fuerzas expedicionarias.

Los temores del general Santa-Anna y sus deseos de acabar presto con los invasores, eran nacidos de la certidumbre que tenía de que Barradas sería reforzado, y entonces la lucha, cuando menos, se habría prolongado notablemente. La flotilla se hizo entonces á la mar para no volver. (N. del señor Suárez Navarro.)

«Dos guerrillas fueron colocadas á la vanguardia de las columnas de ataque; una la mandaba el teniente coronel don Nicolás Acosta y la otra el capitán de granaderos don Francisco Tamariz.* En cinco minutos estos valientes oficiales llegaron á los parapetos del enemigo. Las dos columnas les seguían de cerca, la primera dirigida por el teniente coronel don Pedro Lemus y la segunda por el comandante de batallón don Domingo Andreis (polaco)». **

Nadie hay que ignore esta brillante epopeya de nuestra historia militar. Y nadie debe ignorar también que las sospechas alimentadas desde un principio por el general Santa-Anna de que el enemigo, en vista de la fundada esperanza que tenía de verse auxiliado á tiempo con alguna ó con gran parte de las demás divisiones que el rey Fernando había mandado alistar, procuraba entretener todo el tiempo posible á fin de lograr sus deseos, deseos hasta cierto punto acertados si se comprenden los ningunos refuerzos que obtuviese el caudillo mexicano, tanto del gobierno general como de los Estados de la confederación, para combatir al invasor

El general Santa-Anna, mojado de pies á cabeza y sin probar bocado desde el día anterior, lo propio que la tropa y la oficialidad, pues nadie se curaba ni de comer ni de dormir, hizo desfilar las columnas frente por frente de la posición enemiga hasta acercarlas á la estacada, arma al brazo y sin tirar un solo tiro, pero en medio de estragos que hacía el enemigo sobre nosotros mediante su artillería y fusilería.

Á las dos de la tarde del día 10 de setiembre comenzó este terrible combate, sostenido por los mexicanos con una intrepidez y audacia pocas veces vistas. El que se batía á más distancia, lo hacía á tiro de pistola del primer parapeto; los demás se batían cuerpo á cuerpo; hubo lances hasta de ofenderse con los puños. La artillería enemiga nada obraba ya sobre nuestros soldados, porque todos estábamos más acá del tiro fijo.

* Muertos ambos en el combate. (N. del A.)

** Heridos los dos en el asalto. Sin embargo, Lemus, al que le quedaba colgando la pierna izquierda, rota de la espinilla por un metrallazo, se hizo cargar por un granadero del batallón de 3^o Villas, del cual era gefe, y así continuó dirigiendo el asalto hasta su terminación. (N. del A.)

Lemus, Andreis, Acosta y Tamariz peleaban á la cabeza de un puñado de valientes. Cada cual despreciando los fuegos del invasor, se apoderaron en breve tiempo y con la mayor intrepidez de los primeros reductos de la fortificación enemiga, saltando sus estacadas y foso. Los españoles, que sostenían el segundo atrincheramiento situado en la cima de un monte de arena, lo tenían bien guarnecido con piezas de batir y fusilería; esta posición dominaba la primera, que había caído en manos de los mexicanos; por consiguiente, el estrago de éstos era terrible. Sin embargo, no abandonaron el punto conquistado: siguió el combate hasta que entró la noche, en que se suspendió para continuar el asalto al romper el día siguiente.*

Jamás habíamos concurrido á la toma por la fuerza de un punto, y defendido este punto nada menos que por el valor español, quizás por los mismos defensores de Zaragoza y de Gerona.

Soldados unos y otros, por cuyas venas corría ardiente una misma sangre, la del Cid por una parte y la de los Jicoténcals por otra.

Allí terminó por completo aquel famoso 5º batallón de línea, de que tratamos tantas veces en nuestra campaña de Oaxaca. Sus restos venerados, convertidos en polvo, están allí sepultos, entre aquel fango de arena y de barro en donde duermen, y para siempre, el sueño de oro de la inmortalidad.

Sombras ilustres de Tamariz y Acosta, ¡descansad en paz! ¡Vuestra intrepidez aún resuena en los corazones de los que os vieron morir al frente de aquellos que condujisteis á la estacada enemiga!

¡Espíritus vivientes de Pedro Jacinto, de Sanabria, de Juan Domingo y de otros tantos camaradas nuestros que dejaron de existir allí en lo más rudo del combate!

* En la conquista de aquella posición fue donde murió toda la oficialidad del 5º batallón de línea, quedando herido uno que otro, como el capitán don José Mariano de Sandi, á quien para vendarle el muñón del brazo izquierdo que perdió, nos quitamos del cuerpo la única camisa que nos quedaba, porque no hubo tiempo ni para alistar hospitales. (N. del A.)

¡Que vuestro recuerdo inspire siempre el sacrificio de los que han de morir por la Patria!

En el interregno que cupo desde la hora de ánimas del día 10 hasta el anhelado crepúsculo de la aurora del 11 de setiembre, sentados en aquel terreno empapado con la sangre de tantos bravos, ¡cuántos pensamientos no asaltarían á los que todavía nos acompañaba el corazón, cuyos latidos escuchábamos, halagados con nuestras esperanzas de gloria, la gloria del vencimiento, cuya embriaguez nos aturdió!

¿Qué eran nuestra desnudez, nuestra falta de calzado y nuestras continuas y repetidas vigili­as en comparación del grande amor que profesábamos á nuestro suelo independiente? ¡Todo para él, todo para la libertad de la gran familia mexicana, á la cual pertenecíamos!

En la juventud existe, por lo regular, ese sentimiento vertiginoso que arrastra á todo lo grande é incomprensible, y que sin embargo alimenta lo más hermoso de la vida.

Á las cinco y media de la mañana comenzaban á reorganizarse nuestras columnas con un refuerzo de mil hombres que acababa de mandar el general en jefe, cuando se presentó un oficial parlamentario al general Terán, manifestándole que el terreno que ocupaba en la cima del médano no permitía tener á sus heridos; que pedía se le permitiera recogerlos y llevarlos a Tamaulipas.

El general en jefe había ido al cuartel general para proporcionarnos los mil hombres ya referidos, y no podía consultarlo Terán con Santa-Anna. Terán conoció que, aunque era cierto lo que exponía el enemigo, no convenía de ninguna manera abrir comunicaciones con él; y para evitarlo, concilió los deberes de la humanidad con las hostilidades de la guerra. En consecuencia, se encargaron los nuestros de los heridos mexicanos y españoles, y en lanchas y canoas los transportaron á Pueblo Viejo.*

* Con ellos fueron Tamariz y Acosta. El primero llevaba una herida mortal: una bala le atravesó las dos sienes al montar sobre la estacada, y los globos de los ojos le colgaban sobre los carrillos; estaba loco, habiendo perdido enteramente el juicio. En cuanto al segundo, diremos que tenía sobre el cuerpo cuarenta y dos heridas, todas mortales; y sin embargo ambos vivieron tres días. (N. del A.)

Comenzaba á verificarse esta operación, cuando se observó por un corneta de órdenes que traía consigo el general Santa-Anna, que en Tamaulipas, cuartel general del enemigo, se izaba bandera blanca, oyéndose á la vez que se tocaba parlamento.

Ya era tiempo; la obra del desengaño tocaba los extremos.

Por cuarta vez instaba el español que le escucháramos, y fuerza era concederle ahora todo cuanto pudiera conciliarse con la seguridad y el honor de la República.

La sangre se había derramado á torrentes; el suelo de esta misma Patria, tantas veces invocada en tan sangrienta lucha, teñida con profusión con la de sus hijos y con la de sus antiguos dueños, totalizó en aquella hora sublime, en las márgenes del Pánuco, la independendencia de Iguala.

El general Santa-Anna mandó suspender las hostilidades, y que avanzaran los gefes españoles, comisionados para arreglar un convenio, bajo las bases de garantizar la vida y las propiedades individuales de los expedicionarios, respetando su honor en cuanto fuera posible.

El coronel Salomón y el teniente coronel de la plana mayor enemiga don Fulgencio Salas eran los autorizados por Barradas para celebrar la capitulación; por parte del general Santa-Anna se comisionó al coronel don Pedro de Landero, coronel de ingenieros don José Ignacio Iberri, y el coronel del tercer batallón de línea don José Antonio Mejía.

«En el cuartel general de Pueblo Viejo se reunieron todos estos individuos, y sin mucha discusión fueron adoptadas las modificaciones á las bases propuestas por los comisionados españoles.»

Á las 3 de la tarde, pues, del siempre glorioso Once de Setiembre de 1829, se ratificó aquella capitulación.

Ambas partes contratantes la cumplieron religiosamente, con sólo la diferencia de haber rendido las armas y banderas los españoles en sus mismos atrincheramientos á las guarniciones mexicanas que fueron á cubrirlos, y el haberse substituido á la Ciudad de Victoria, como residencia del enemigo, los pueblos de Santa Catarina, Ozuluama, Tantima, Altamira y Pánuco. Estas modificaciones se hicieron á súplicas del general Barradas. El caudillo mexicano no tuvo embarazo en concederlas.

Los soldados del ejército real trocaron en ruegos el tono y la arrogancia de que usaron al saltar en tierra...

Vinieron á reconquistarnos, y fueron vencidos y desarmados. ¡La lección fue de suyo tremenda!

Los enemigos se reembarcaron durante los meses de octubre y noviembre del mismo año, después de haber gastado millón y medio de pesos, y sacrificado casi la mitad de su fuerza. El gobierno español dio en esta ocasión un testimonio de torpeza, lanzándose a una intentona esencialmente descabellada y temeraria; el único fruto que recogió fue humillar sus banderas ante las águilas mexicanas.

Los trofeos que poseemos como consecuencia de la victoria de Tampico son un monumento eterno de honrosa nombradía para Santa-Anna, para Terán, Lemus, Acosta, Tamariz, Jáuregui, Hernández, Quintero y tantos otros, cuyos nombres serán transmitidos á la posteridad con acatamiento y respeto, y en duraderos bronce esculpidos á nombre de la Patria agradecida.

No insertamos aquí la capitulación, que consta de 10 artículos, por haberse publicado ya por nuestros periódicos con alguna frecuencia. El general Santa-Anna quiso que el mismo invasor, á nombre de México, la dictase toda entera, en beneficio del honor de aquella legión de héroes, y además consiguió que los señores gefes y oficiales de aquel ejército no rindiesen sus espadas, queriendo que las conservasen ceñidas como un tributo al valor desgraciado, y que cada cuerpo obtuviese 10 fusiles que conservarían para que se pudiese mantener la disciplina y la subordinación durante el tiempo que permaneciesen en el país.

IX

EN AQUELLA VEZ se escribió con todo ese entusiasmo febril de actualidad con que se encomian acontecimientos como el que acabamos de narrar, con todo el elogio que inspira el patriotismo de un país que está en los días hermosos de su juventud y de su inocencia, tan puro y tan desinteresado, tan nacional y tan verídico, saludando al héroe que brotaba, por decirlo así, de las vírgenes entrañas de la Patria, lleno de juventud

y de vida, radiante como el sol, admirando sus talentos militares, su actividad, su valor, su genio, y encomiando hasta la belleza de su simpática figura.

Sus émulos corrieron á rendirle homenaje. Se le disculparon sus enemigos. Lo cantaron los poetas.

Era entonces el hombre de moda.

Pero á sus espaldas, con satánica sonrisa, la maligna Envidia le enseñaba los puños.

[Pasado algún tiempo, en que llegase para el hijo mimado de la fortuna la edad de la madurez, la edad del criterio, en esa edad en que se representa fiel, como pintura, la fuerza de los contrastes, junto con los desengaños que ponen en relieve los extravíos; cuando por su misma elevada posición social había tratado un poco más á los hombres de importancia de su país, conocido á fondo sus aspiraciones y tendencias, y adivinado lo que importara con sus amaños un doble y cauteloso vecino; cuando tuviera sobre poco más ó menos la presencia de las cosas, y no podía ser sorprendido ni engañado por la brillantez misma de las quimeras; cuando cesó de ser instrumento de algo en el peligroso y falaz terreno de la política, que lo fuese del bien sacrificándole sus propias convicciones de joven. . .] *

Pero volvamos á lo del Pánuco, que nos espera para concluir.

Á poco tiempo de aquella gloriosa jornada comenzóse á vulgarizar por la envidia que la cuestión del Fortín de la Barra había sido una redundancia de acción de parte del general Santa-Anna, porque los españoles estaban rendidos desde el suceso del 21 de agosto en Tamaulipas, pero que Santa-Anna, por un sentimiento de orgullo, no había querido aceptar para su nombre *la miseria de una escaramuza* y que por esto fuese que quiso y puso los medios necesarios para que tras aquel *tiroteo insignificante* se siguiese un ruidoso acontecimiento de sangre, de que no había habido necesidad.

Es por demás insensata y necia la envidia, hija legítima de las malas pasiones.

En primer lugar, el suceso de armas del 21 de agosto

* [Este párrafo aparece tachado en el manuscrito.]

no pudo tener jamás el tamaño de una escaramuza ó de un tiroteo parcial. El suceso del 21 de agosto fue un combate hecho y derecho, con el tecnicismo del arte, una acción de guerra formal, con todas las combinaciones y peripecias de tal, según los términos y medidas precisas que los maestros de la guerra han dado á acontecimientos tales como del que tratamos.

En segundo lugar, que los españoles mismos no habrían aceptado nunca que por causa de aquel combate se propusiese por alguno de ellos una capitulación deshonrosa, para tener que rendirse y abandonar el campo por efecto sólo del primer revés que experimentasen; ellos pelearon allí, fortificados y en posición elegida, con la sétima parte de sus fuerzas de infantería, es decir, quinientos, contra mil trescientos que les opusimos; y se sostuvieron en aquella vez valientemente, defendiéndose en quince horas mortales de un asalto laborioso; pues si bien existió alguna propuesta en tal sentido en la junta de guerra que oyó al brigadier Salomón, esta propuesta, sobre tener un doble sentido, no convenía al honor de la nación aceptarla en los términos que se proponía, porque lo que se deseaba por el invasor era ganar tiempo, mediante entrevistas vagas y repetidos armisticios, como se comprobó hasta los últimos momentos, á fin de que, llegándoles los auxilios que esperaban, obtener quizá un triunfo, y tras este triunfo animar al rey Fernando á que hiciese lanzar á nuestras costas las otras cuatro divisiones que tenía listas, en ocasión precisamente en que nos mirábamos en aprietos para quitarnos de encima á la división de vanguardia que naturalmente deseaba vengar, no sólo el baldón sufrido en Tamalipas, sino hacernos comprender su importancia militar con el auxilio de mayores fuerzas, elemento de que nosotros carecíamos desde el principio hasta el fin de la campaña, porque á no ser por los talentos estratégicos, los ardides y la energía y los constantes desvelos del caudillo mexicano, cosas todas que el enemigo supo respetar en él, con sola esa misma división, no obstante el valor y sufrimiento de nuestros beneméritos soldados, habría bastado para complicarnos por algún tiempo más. ¿Ni cómo podía ser esto, conociendo como conocemos perfectamente el carácter español y su noble orgullo militar,

que ninguno de ellos, hasta el más ínfimo soldado de aquel ejército, aceptase el abandono del campo tan sólo por un combate desgraciado para él?

Allá en Tampico se jugó, á la vez que el acero, la estrategia de la guerra y la diplomacia de la palabra.

Barradas estuvo en su derecho para querer sacar el mejor partido posible en su complicada situación, y Santa-Anna lo estuvo igualmente para querer otro tanto en bien del honor y de la gloria de su Patria.

Es regular que Barradas se haya desgraciado con motivo del fiasco que sufriera en su expedición á México; y á fe que no habrá habido razón bastante para juzgarle. Él hizo todos los esfuerzos posibles para lograr un triunfo, y si éste no fue coronado en las dos veces que nos fuimos á las manos, fue por circunstancias que no estuvieron en su arbitrio vencer, porque luchaba con pocas fuerzas y abandonado, y con un enemigo que, si bien no contó nunca con los tres mil hombres de Barradas, era no obstante astuto, eficaz y muy activo, que no dejaba para mañana lo que pudiese hacer hoy.

A otro cualquiera le habría derrotado el huracán con que el cielo vino á terciar, no poniéndose sin embargo del lado de alguno de los dos contendientes, porque ambos no hicieron otra cosa que inclinarse sumisos ante aquel súbito enojo de la naturaleza. En cuanto á nosotros, bien podemos asegurar que México no tenía entonces otro hombre de las gigantescas cualidades del joven general.

Él ilustró los pendones de su Patria con los que conquistara gloriosamente de los pendones de Castilla.

Él cerró para siempre jamás las puertas de México á las eternas aspiraciones de la política española, cuya valiosa posesión había echado profundas raíces en trescientos años que aquélla duró.

Él peleó á la cabeza de un puñado de soldados desnudos, sin calzado, sin alimentos, pero resignados y llenos de fe, aun en medio de la tremenda lucha que se llevaba á cabo entre los escollos y las desventajas que produce la ausencia absoluta del sol.

Él, en fin, fue humano y consecuente con los deberes de hospitalidad, recogiendo, alimentando y curando de sus

heridas á los soldados y oficiales españoles que los lances de la guerra hacían abandonar.

Ni molestó á nuestros pueblos con exacciones vilipendiosas, ni hubo un solo desorden de aquellos que merecen el disimulo en medio de los tormentos del hambre.

TIEMPO HA que leímos un juicio crítico emitido por un español, desprovisto de esa honrosa hidalguía que tan común es á los de su noble raza, respecto del general Santa-Anna, tratando precisamente de la campaña de Tampico; juicio escrito á oportunidad de las circunstancias por que atravesaba entonces el personage en cuestión; libelo lanzado como un botafuego en medio de la grito levantada en contra del ilustre general allá por los años de 1846, con el doble fin de que semejante juicio viniese á mancomunar el odio que surge de las pasiones desencadenadas en tiempos calamitosos para los hombres prominentes; juicio en que, no pudiendo atacar de frente la noble causa de la independendencia, condenando lo extemporáneo y lo absurdo de la expedición el escritor peninsular, acometido de la más horrible fobia, provisto de una gran cantidad de bilis y tomando la revancha por el lado que creyese vulnerable en la cuestión, se destaca furioso en contra del héroe mexicano, atacándole en el terreno de la ciencia de la guerra y presentándolo ante el mundo como un mal guerrillero, ignorante, destituido de sentido común, revelándose en todo ello la pasión y el encono mal disimulado.

Ni qué tenía que ver la ciencia de la guerra allí donde campearon la justicia y la razón para defenderse con ella y sin ella. La palabra guerra encierra en sí todo aquello que puede servir para hostilizar, destruir, aniquilar y hacer desaparecer de la faz de la tierra al agresor, toda vez que él trae también el derecho de hacerlo con el agredido.

Cada uno estuvo en el suyo para acudir á los medios del arte y ponerlos en ejecución. Y como los resultados, en política y en guerra, hacen al fin valer las cosas, feliz anduvo Santa-Anna en los medios restrictivos, y su Patria lo bendijo entonces por haberlo hecho así y seguirá bendiciéndolo por los siglos de los siglos, como un recuerdo inolvidable y glorioso de la consumación de la independendencia de su Patria.

Mas pasando hasta hoy como inapercibidas tales especies (que en primer término fuesen solemnemente desmentidas más de cuarenta años ha con el glorioso resultado del suceso, que vale más que las palabras vacías de un ofendido, pero que mezcladas en comandita con el olvido y la ingratitud con que han sido correspondidos los sacrificios del héroe mártir, llegarían hasta la posteridad para el país á quien él se debe sin réplica y sin contradicción), hemos querido nosotros, por lo mismo, y en segundo término, presentar hoy al público una sencilla reseña de aquel famoso hecho de armas, tal como fue, y no como plugo á las pasiones referirlo.

Y lo comentamos de luego con sus fechas y particularidades notorias, adornándole con la verdad histórica, con el nombre de los distinguidos oficiales que coadyuvaron á él, con sus esfuerzos y su sangre derramada, señalando con todos los caracteres de la verdad las providencias y combinaciones emanadas del saber, del patriotismo y el genio de aquel que tiene dadas tantas pruebas á su Patria de su valía é importancia; opúsculo que lleva en sí la conciencia histórica, como de un ocular testigo, encanecido ya y próximo al sepulcro, ante el cual ni se engaña ni se miente.

Así es que la memoria del general Santa-Anna es una enseña de gloria para nuestro país, una reliquia del pasado que transpira los perfumes de la victoria, con la que debemos enorgullecernos.

Por lo mismo, y volviéndonos hacia nuestros compatriotas de la presente generación para decirles que sólo habrán leído de paso y muy de prisa los despedazados mármoles en que se encuentran fragmentos escritos de la pasada historia del héroe, manchados algunos de ellos con la sangre que virtieron sus gloriosas heridas, y mutilada esa historia en fuerza de la constante devastación que imprime la calumnia, que con su diente amarillo la ha despedazado á mansalva y sin contradicción, por lo mismo, repetimos aquí que las cosas que hayan chocado del ilustre fundador de la República, del vencedor del Pánuco, son ya pasadas y han muerto, en razón de que otras han venido, ó á justificarle ó á olvidarle.

Que sus debilidades ó flaquezas han muerto con él; y de

cuanto fue en la vida, sólo quedará la parte imperecedera, el bien que hizo.

¡Qué ciña hoy, pues, su descarnada frente la corona cívica del olvido, que es el galardón inquebrantable con que la República suele premiar a sus grandes capitanes!

HEMOS VISTO que hoy se le trata por algunos con la indiferencia que imprime el descontento y el oprobio, emanados de la calumnia impía; por otros con más acritud, exacerbando sus faltas y las flaquezas inherentes a la pobre humanidad. Y no parece sino que en fuerza de tanto deprimirle y maltratarle, es, ó que repugna ya su venerable sombra, ó que no hay generosidad en los que atacan á Aníbal en su agonía de Bitinia.

México, noviembre de 1874.

Manuel María Escobar y Rivera.